

LOUIS MALLE
PATRICK MODIANO

Lacombe Lucien



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Lacombe Lucien
Créditos

Junio de 1944, en una prefectura pequeña del sudoeste de Francia...

1

Un criado joven, de diecisiete años, friega con abundante agua el suelo del dormitorio colectivo de mujeres de un hospicio de ancianos.

Casi todas las camas están vacías, salvo unas diez. Unas cuantas visitas y dos o tres hermanas de la caridad. Cuchicheo de conversaciones. Es por la tarde. Hace muy bueno. Las persianas están echadas.

El muchacho, Lucien, trabaja afanosamente. Según avanza, abre las mesillas de noche, saca los orinales y los vacía en un cubo grande. Al fondo de la sala, otro criado de más edad hace lo mismo, con menos bríos, y a ratos se oye su risa sonora.

Lucien se acerca a una cama que ocupa una anciana que charla por lo bajo con otro anciano sentado a su lado. Los dos viejos dejan de hablar de forma ostensible, miran a Lucien y se miran entre sí. El muchacho, que no parece fijarse en ese comportamiento, le quita el polvo a la mesilla de noche, alzando una foto enmarcada del mariscal Pétain que tiene encima un rosario.

Una de las monjas enciende al pasar un aparato de radio grande colocado en la pared: es la charla diaria de Philippe Henriot. Lucien recoge la bayeta y la retuerce para escurrirla. Junto a él hay una ventana abierta. Se asoma.

Abajo, en el jardín, unos cuantos ancianos van de acá para allá a pasitos o toman el sol en los bancos.

Lucien alza la vista. En la rama de un árbol, a pocos metros, brinca y canta un petirrojo. Lucien se saca del bolsillo un tirachinas de labriego. Apunta bien y dispara. El pájaro cae al patio.

Lucien sigue trabajando. Nadie se ha percatado de su acto, ni en el patio ni en el dormitorio. Clément, el otro criado, se le acerca, le habla al oído y se echa a reír dándole una fuerte palmada en la espalda; los ancianos y las monjas que están escuchando a Philippe Henriot los miran, indignados.

2

Lucien, con boina y chaqueta de labriego, va en bicicleta por una carreterita que discurre por el campo. En el transportín lleva una maleta de cartón. Hace muy bueno. El sol aún está bajo. Lucien parece feliz. Es domingo.

Al acercarse a su pueblo, Souleillac, cuyo nombre aparece en un indicador, Lucien deja atrás un rebaño de ovejas. Un perro grande se le echa encima y quiere morderle las pantorrillas. La muchacha que guía el rebaño se ríe y le dice un «Adiós, Lucien» burlón antes de llamar al perro.

Lucien sigue pedaleando y a la salida del pueblo gira y entra en el patio de una casa de labor compuesta por varios edificios, granero, palomar y una casita, además de la vivienda principal. Hay muchos animales. Va directamente hacia la casita, se baja de la bicicleta y empuja con brusquedad la puerta.

Sentados a la mesa, desayunando, hay cinco niños de corta edad con sus padres. Lucien parece extrañadísimo.

LUCIEN: ¿Qué demonios hacen ustedes en mi casa?

Émile, el padre, se pone de pie sonriente. Es de corta estatura y recio; cojea. Le tiende la mano a Lucien.

ÉMILE: ¿Tú eres Lucien, el hijo de Thérèse?

Lucien no le da la mano. Se acerca a la mesa.

LUCIEN (*señalando los cacharros*): Esto no es suyo... Son los platos de mi padre...

ÉMILE (*sin dejar de sonreír*): ¡Es posible!... Ve a ver al amo; ya te lo explicará él...

Lucien lo mira, luego se dirige hacia un armario grande que hay al fondo de la habitación. Arrastra una silla, tras bajar de ella sin contemplaciones a un niño de cuatro años que estaba sentado. Se sube a la silla para llegar a la parte de arriba del armario, tras el que hay escondidos una escopeta, envuelta en trapos, y unos cartuchos. Baja, se mete los cartuchos en el bolsillo, desata los trapos para sacar la escopeta y apunta con ella a Émile y a su familia.

LUCIEN (*amenazador*): No estropeeis nada de aquí, porque si no os las vais a tener que ver conmigo...

Émile sigue sonriendo. Lucien sale bruscamente. Émile, cuando pasa por delante de él, le suelta, guasón:

ÉMILE: Por si te interesa, me llamo Émile...

3

Lucien, con la escopeta en la mano, llega a la casa principal. Se abre un postigo y se asoma a la ventana una mujer de cuarenta años, en camisón. Es Thérèse, su madre. Un hombre de sesenta años, de buen ver, aparece brevemente en la ventana, detrás de Thérèse. Es Laborit. Va en mangas de camisa.

4

Lucien está sentado a la mesa, en la sala de la granja, que es a un tiempo cocina, comedor y cuarto de estar. Hay una chimenea grande. Thérèse, ya vestida, pone en la mesa, delante de Lucien, un plato de sopa, pan y menudillos de ave de corral. Lucien suelta la escopeta, que estaba limpiando con un trapo, y empieza a comer. Observa a su madre, que parece incómoda y anda ajetreada por la habitación.

THÉRÈSE (*sin mirarlo*): ¿Por qué has sacado la escopeta de tu padre?

Lucien no contesta.

THÉRÈSE: Ya sabes que está prohibido...

Lucien se saca unos billetes del bolsillo y se los alarga.

LUCIEN: Toma, me han subido veinte francos...

Thérèse se acerca para coger el dinero, lo cuenta deprisa y se lo mete en el bolsillo del delantal.

THÉRÈSE (*automáticamente*): Está bien...

Laborit, acabando de vestirse, entra en la habitación y se sienta enfrente de Lucien.

LABORIT (*jovial*): ¡Adiós, Lucien!

LUCIEN: Buenos días, señor Laborit...

Thérèse le pone delante a Laborit un plato de sopa.

LABORIT (*a Thérèse, sin mala intención*): Ya podría avisar tu hijo antes de venir... (*A Lucien:*) ¿Te vas a quedar mucho?

LUCIEN: Tengo cinco días de permiso...

Los dos comen mucho y muy concentrados. Thérèse se mueve sin parar por la habitación.

LUCIEN (*a Thérèse, agresivo*): ¿Qué hacen esos en nuestra casa?

Mientras habla, Lucien indica con un ademán la casita.

THÉRÈSE (*sin mirarlo*): Le echan una mano al señor Laborit. Les he dejado la casa...

LUCIEN (*mirando a Laborit*): Anda y que no ha habido cambios por aquí...

LABORIT (*irritado*): ¡Alguien tendrá que hacer el trabajo! Tu padre está prisionero, Joseph se ha ido...

LUCIEN: ¡Anda!

LABORIT (*encogiéndose de hombros*): Se ha ido con la Resistencia y se ha emboscado, el muy vago... (*Se ríe.*) Tengo un hijo patriota, ya ves tú...

5

Alrededor de cincuenta vecinos del pueblo, con la ropa de los domingos, mujeres en su mayoría, van en procesión detrás del párroco, que, rodeado de monaguillos con incensarios, lleva el Santísimo. La procesión avanza despacio por un sendero estrecho y rocoso de las inmediaciones del pueblo. Los vecinos cantan un salmo a la Virgen María.

Lucien, en el centro de la procesión, habla con un muchacho de su edad. No se oye lo que dicen. Laborit y su madre van delante de él. La madre mira hacia atrás. Lucien empieza a cantar con los demás.

6

De noche, a la luz de la luna, Lucien camina por una hondonada, con la escopeta en la mano; lo sigue un muchacho más joven que él, que no parece muy a gusto y lleva un morral. Salen a una especie de calvero, a los pies de un acantilado, donde retozan alrededor de diez conejos, que ni siquiera escapan cuando se les acercan.

Lucien empieza a disparar: dos tiros, un conejo. Vuelve a cargar y vuelve a disparar sin detenerse. Se nota que siente un intenso placer físico con lo que hace. Se para: no le quedan cartuchos. Se tiende en la hierba. Apoya la cara en el suelo y mira cómo su acompañante recoge los últimos conejos, vuelve a reunirse con él y se sienta también sin decir palabra. Lucien parece agotado, pero feliz.

7

En el patio de la casa de labor, Lucien, su madre y la mujer de Émile, sentados en unos tarugos, despluman unas gallinas. Los hijos de Émile juegan algo más allá.

LUCIEN: ¿Has visto los conejos encima de la mesa?

THÉRÈSE: Bueno está el señor Laborit. Te ha oído todo el pueblo...

Lucien no contesta.

LA MADRE: ¡Eres igual que tu padre!

Lucien la mira; luego, echa a correr detrás de una gallina, que se le escapa varias veces. El juego lo divierte; acaba por cogerla tirándose boca abajo encima de ella. Se pone de pie al mismo tiempo que le retuerce el pescuezo. Se la lleva a su madre.

LUCIEN (*de repente*): ¿Sabes? ¡No quiero volver al hospicio!

Thérèse sigue desplumando gallinas. Mira apurada a la mujer de Émile, absorta en su tarea.

THÉRÈSE: Deberías alegrarte de tener ese trabajo...

LUCIEN: No.

THÉRÈSE (*a media voz*): No puedes quedarte aquí, Lucien... Laborit no querrá... (*Una pausa.*) Cuando vuelva tu padre...

LUCIEN (*interrumpiéndola, irónico*): La que se va a liar cuando vuelva.

Thérèse le echa una mirada rápida sin contestar.

8

Lucien llega a la plaza del pueblo con un conejo en la mano. Va hacia la escuela, cuyas ventanas están abiertas de par en par. Echa una ojeada al interior. Una docena de niños están sentados en los pupitres. Tienen edades que oscilan entre los seis y los trece años. Peyssac, el maestro, está haciendo un dictado a los mayores mientras vigila a los pequeños.

PEYSSAC (*dicta*): «La tarde estaba tormentosa y retumbaban a lo lejos las sordas avalanchas del trueno...»

Peyssac alza la cabeza y ve a Lucien.

PEYSSAC (*a Lucien*): Puedes entrar, Lucien...

Lucien entra en el aula. Peyssac ha cogido la hoja de un alumno.

PEYSSAC (*volviendo siempre a lo mismo*): Maurice..., desde luego..., eres un caso desesperado... ¿Ves lo que has hecho?... No, no me refiero a las huellas de dedos... Has escrito «retumbaba» con v, a, v, a... En fin... (*se encoge de hombros*). También es verdad que para cuidar las ovejas no se necesita saber ortografía... (*Suelta la hoja con gesto de cansancio.*)

Los demás alumnos le ríen ruidosamente la gracia a Peyssac.
Este mira el reloj de pulsera.

PEYSSAC: ¡Ya es la hora! Podéis marcharos...

Los niños salen del aula dándose empujones. Peyssac va a la pizarra, borra lo que hay escrito, pone la fecha del día siguiente y escribe una máxima moral. Mientras tanto, habla con Lucien, que se ha acercado.

PEYSSAC: ¿Qué quieres?

Lucien pone el conejo encima del escritorio de Peyssac:

LUCIEN: Es para usted...

Peyssac le echa una ojeada al conejo.

PEYSSAC (*irónico*): Muchas gracias. ¿Has venido a verme para esto?

LUCIEN (*de golpe*): Quiero unirme a los maquis.

PEYSSAC (*sin dejar de escribir*): ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

LUCIEN: Pues esas cosas las decide usted... Me lo ha dicho Joseph...

Peyssac se vuelve y lo mira.

PEYSSAC: De entrada, eres demasiado joven... Y ya tenemos gente de sobra...

Lucien se queda callado.

PEYSSAC (*con severidad*): ¡Y además es algo serio! No es caza furtiva...
Es como el ejército, sabes...

Se acerca a Lucien y le pone una mano en el hombro.

PEYSSAC: Mira, ya veremos más adelante...

9

Lucien y la muchacha con la que se cruzó a la entrada de Souleillac están sentados en un murete, en una zona silvestre de la meseta. Hace muy bueno. A su alrededor unas treinta ovejas se desplazan despacio y en silencio.

Algo después, a media tarde, vuelven con las ovejas por un sendero metido entre tapias altas de piedra, por la ladera de la colina. Lucien se detiene y contempla la vista. Se acerca al filo del barranco y clava los ojos en el sol.

La muchacha lo espera un momento y luego corre tras las ovejas.

Lucien guiña los ojos sin dejar de mirar el sol. Parece fascinado. A lo lejos se oye la voz de la muchacha que llama a Lucien. Él no la oye.

10

Lucien, Émile y dos vecinos sacan del pajar el cadáver de gran tamaño, con los miembros tiesos, de Garçon, el caballo de Laborit. Les cuesta que pase por la puerta. Laborit no echa una mano, pero dirige la operación.

Bromas y risas de los hombres, que se hablan en el *patois* de la comarca. Lucien, callado, con cara seria, le sujeta la cabeza al caballo. Parece muy impresionado.

Colocan por fin el voluminoso cuerpo en el carretón que suele usarse para sacar la basura. Los hombres recobran el resuello.

LABORIT: Qué buen caballo era Garçon. No encontraré otro como él...
Venga, vamos a echar un trago...

Lucien le acaricia tímidamente el cuello al caballo mientras los hombres,

sin dejar de bromear, van hacia la casa.

11

Lucien va otra vez en bicicleta con la maleta en el transportín por una carretera desierta. Se para y comprueba que se le ha pinchado una rueda. Se le oye decir «mierda» en voz bastante alta; sigue a pie empujando la bicicleta.

Entra en la ciudad. Hay un hermoso claro de luna. La calle está totalmente desierta. Sale a una placita: dos hombres están descargando un camión a toda prisa mientras otro monta guardia. Se queda asombrado al ver aparecer a Lucien y se le acerca.

EL HOMBRE: ¿Y tú de dónde sales?

Lucien sigue andando con la bicicleta en la mano. Se oye ruido de botas. Se mete en una puerta cochera. Una patrulla alemana le pasa por delante. Lucien sonrío, espera a que se alejen y reanuda la marcha.

Ahora va por una calle más ancha, a la salida de la ciudad, flanqueada por casas de estilo 1900. Oye un coche y se esconde. Lo deja atrás un Citroën 11 negro que aminora la marcha y gira para entrar por una verja, a pocos metros. Se acerca: el Citroën se ha detenido delante de las escaleras de la fachada de una villa de gran tamaño, de un estilo curiosamente medieval. Del coche bajan un hombre y dos muchachas que ríen y se empujan al entrar en la casa.

El hombre lleva cogidas por la cintura a las dos jóvenes.

Encima de la verja, se ve un cartel donde pone en letras grandes:

HÔTEL-RESTAURANT DES GROTTES

Hay más coches aparcados en los jardines.

Junto a la entrada, sobresale una veranda. No hay cortinas y están encendidas las luces (es la única casa que se habrá visto en la ciudad con las luces encendidas). Se divisan sombras que pasan y vuelven a pasar. Por la ventana abierta se oyen risas y, en un gramófono, una canción de André Claveau.

Una joven se asoma, de codos en la ventana; un hombre la agarra y tira de

ella. La mujer lanza un chillido penetrante. Lucien, fascinado, ha soltado la bicicleta y ha avanzado hasta un arbusto, tras el que se oculta para mirar lo que sucede al otro lado de la veranda.

Un hombre armado con una metralleta se le acerca por detrás, sin hacer ruido, y lo agarra de pronto por el cuello. Lucien se revuelve, pero el hombre le hinca la metralleta en el vientre. Con la mano libre le palpa los bolsillos para ver si va armado y, de paso, le da dos bofetadas.

EL CENTINELA: ¿Qué, chico, espiando? Echa a andar, que vamos a tener unas palabras...

Lo obliga, con brutalidad, a ir hacia la casa.

12

Lucien entra de un empujón en el vestíbulo, donde arranca una escalinata. Otro centinela armado dormita en un sillón.

En las escaleras hay una pareja elegante: Betty Beaulieu, una muchacha bonita y muy arreglada, y Jean-Bernard de Voisins, un joven apuesto que se las da de dandi.

JEAN-BERNARD (*a Betty*): ¿Sabes algo de París?

Betty tiene un perro grande, un danés espléndido, que está echado a su lado. Se incorpora y se acerca a Lucien, gruñendo y con aspecto avieso, como si le fuera a saltar al cuello. Betty lo llama:

BETTY: Kid, ven, Kid... Ven aquí, Kid...

El centinela empuja a Lucien y lo mete en una habitación contigua donde hay una barra y tres mesas. Lo deslumbra la luz; mira a su alrededor.

Detrás de la barra está Marie, la camarera, una morenita de rasgos no muy agraciados. A su lado, Henri Aubert, un hombre guapo de treinta y cinco años con el pelo planchado y reluciente, sacude una coctelera mientras le susurra galanterías a una rubia gruesa sentada al otro lado de la barra y que se ríe

mucho. Alrededor de la barra hay muchas fotos, en algunas de las cuales se ve a Aubert con atuendo de ciclista.

Por una puerta lateral se ve un comedor grande donde están sentadas a la mesa unas diez personas. Unas cuantas parejas bailan entre las mesas.

Sentado a una mesa, en el bar, Tonin, un hombre corpulento de unos cincuenta años, con cara abotagada de alcohólico, juega a la belote con dos suboficiales alemanes entrados en años.

En otra mesa, dos mujeres charlan con sorprendente tranquilidad entre el barullo generalizado: Lucienne, la pareja de Tonin, muy tiesa y muy estirada, y la señora Georges, un personaje misterioso de porte masculino.

Lucien, atónito, se queda de pie en medio de la habitación. Las miradas se vuelven hacia él.

TONIN: ¿Y este quién es?

EL CENTINELA: Me lo he encontrado en el jardín..., espiando...

LUCIEN: No es verdad... No hacía nada... Volvía al hospicio...

Aubert se le acerca.

AUBERT: Oye, jovencito, ¿no sabes que está prohibido andar de paseo por ahí después de las diez?

Lucien lo mira fijamente sin responder.

AUBERT: ¿Qué miras?

LUCIEN: ¿No es usted Henri Aubert, el ciclista?

AUBERT (*con sonrisa vanidosa*): ¿Me has visto correr, hijo?

LUCIEN (*con admiración*): Sí, en el Gran Premio de Caussade, en el 39.

Estaba con mi padre... Ganó usted.

AUBERT (*sonriendo*): Lo recuerdo... ¿Eres de aquí?

LUCIEN: No, de Souleillac...

AUBERT: Espera... Tengo conocidos en Souleillac. La dueña de la tienda de ultramarinos, ¿cómo se llama?

LUCIEN: La señora Cabessut.

AUBERT (*sonriendo*): Eso, la señora Cabessut, una morena...

Lucienne se pone de pie y se acerca a Tonin para hablarle al oído. Este se levanta, mirando a Lucien. Y, cogiéndolo por los hombros, con amplio ademán de borracho, se lo lleva consigo.

TONIN: Ven a beber algo.

Se acercan a la barra. Tonin sigue teniendo afectuosamente cogido por los hombros a Lucien. Lucienne los ha seguido.

TONIN: Marie, dos Suze. (*A Lucien:*) ¿Así que vienes de Souleillac?

LUCIEN: ¿Conoce el pueblo?

TONIN (*le pone un vaso en la mano y brindan*): Una zona muy bonita, muy silvestre... La meseta, el *cause*, como decís vosotros..., por allí andan los maquis,
por lo visto.

Lucien bebe un buen trago. Sonríe.

LUCIEN: No es que se dejen ver mucho, ¿sabe?

Aubert le sigue el juego a Tonin e interviene:

AUBERT: Y qué, ¿la señora Cabessut sigue bien? Venga, bebe...

Más tarde. Están apagadas las luces, menos una lámpara grande, colocada encima de la barra. Lucien está de codos en esta, con el vaso en la mano. Está borracho. Lucienne, Tonin y Aubert lo rodean. Al muchacho parece halagarle la atención de los otros tres.

LUCIENNE: ¿Y cómo se llama ese maestro?

LUCIEN: Peyssac... Peyssac, Robert. Por lo visto es masón... ¿Qué es ser masón?

TONIN: ¿Y es el que manda? ¿Estás seguro?

LUCIEN (*categórico*): Ya lo creo, es él. Pero con otro nombre.

TONIN: ¿Qué nombre?

LUCIEN: Espere... Lo llaman Voltaire..., el teniente Voltaire.

Lucien se encuentra mal. Apura el vaso e intenta encaramarse a una banqueta.

LUCIEN: ¿Puedo sentarme?

13

Lucien duerme, vestido y en posición fetal, en un sofá.

La habitación, que hace las veces de despacho de Tonin, fue en sus orígenes el salón del hotel. La puerta da al vestíbulo y a las escaleras. A los muebles del salón les han añadido una mesa de madera sobre la que hay una máquina de escribir, varios archivadores y un mapa grande de la comarca. Hay montones de carpetas por todas partes.

Abren la puerta a medias. Es Marie. Se acerca al sofá.

MARIE (*zarandeando a Lucien*): ¡Eh! ¡Tienes que despertarte!

LUCIEN (*se da la vuelta; le cuesta abrir los ojos*): ¿Qué?

MARIE: ¡Ya es la hora! ¡La señorita Chauvelot está a punto de llegar!

Lucien se sienta al filo de la cama y se agarra la frente.

LUCIEN: ¡Ay, la cabeza...!

MARIE (*enternecida*): Pobrecito... Anoche os pasasteis con la bebida...
¿Quieres un café con leche y una aspirina?

Le acaricia el pelo.

LUCIEN: Sí...

Marie sale de la habitación. Lucien bosteza, se levanta, va a la ventana. Entra Lucienne. Lleva ropa muy formal y moño. Tiene una carpeta debajo del brazo. Se sienta en el acto tras su escritorio y coloca la carpeta ante sí.

LUCIENNE (*mirando a Lucien*): Buenos días, joven...

LUCIEN (*intimidado*): Buenos días, señora.

LUCIENNE (*irguiéndose*): ¡Señorita!

Vuelve Marie llevando una bandeja con un tazón de café con leche que echa humo, pan y mantequilla.

MARIE (*a Lucienne*): Disculpe, señorita Chauvelot... Pero no había habitación para él.

LUCIENNE: Muy bien, muy bien.

Marie sale. Lucien empieza a tomarse el café y unta mantequilla en unas rebanadas de pan.

LUCIENNE (*abriendo la carpeta*): Que aproveche.

Lucien, con la boca llena, mueve la cabeza. Lucienne abre la carpeta y hojea rápidamente las páginas del expediente, poniéndoles un sello de caucho según las va pasando. Lucien la observa mientras come.

Entra un soldado alemán joven, un Feldwebel, que se acerca al escritorio de Lucienne y le da un apretón de manos. Ella le sonrío abiertamente.

EL SOLDADO (*muy amable*): Buenos días, Fräulein Chauvelot.

LUCIENNE: ¿Qué tal todo esta mañana?...

EL SOLDADO: Bien, gracias.

LUCIENNE: Un momento, que casi he terminado...

EL SOLDADO: Qué bueno hace hoy...

LUCIENNE: Querrá usted decir: ¡qué calor hace!...

Pone el sello en unas cuantas hojas más, cierra la carpeta y se la alarga al joven alemán.

LUCIENNE: Es para el señor Müller...

EL SOLDADO (*cogiendo la carpeta*): Einverstanden, Fräulein Chauvelot...
Auf Wiedersehen.

Le da un apretón de manos y se va.

Lucien ha presenciado la escena con mirada de extrañeza.

Lucienne coge de la mesa una gran cantidad de sobres y los va seleccionando:

LUCIENNE: Son serviciales... y puntuales... Si hubiéramos sido así, habríamos ganado la guerra... ¡Ay, qué lata! Me he roto una uña... (*Se mira el dedo índice.*)

Entra Tonin, sin aseo. Lo sigue un barbero joven con sus utensilios.

TONIN (*a Lucienne*): ¿Decías algo, mamá?

LUCIENNE: Que me he roto una uña.

Tonin se le acerca y le da un beso en la frente.

LUCIENNE (*con tono de reproche*): Has bebido, Pierre... No es bueno por la mañana.

TONIN (*haciéndose el niño pequeño*): Un Suze de nada, mamá. Sienta bien... Con este calor parece que esté uno en Saigón...

Se sienta en una silla en medio de la habitación. El joven le pone una toalla por los hombros y empieza a cortarle el pelo.

TONIN (*a Lucien*): ¿Qué tal, muchacho?

LUCIEN: Bien, señor Tonin.

TONIN (*a Lucienne, señalando a Lucien*): ¿No crees que se parece a Paul?

LUCIENNE (*moviendo dudosa la cabeza*): Un poco... Paul era más delgado...

TONIN: ¿Y si me leyeses la correspondencia, mamá?...

Lucienne coge una carta del montón y la lee.

LUCIENNE (*leyendo*): «Señores de la Gestapo: Soy agricultor y condecorado por el ejército; deseo poner en su conocimiento los comportamientos turbios de un tal Louvel, Étienne. Este individuo no solo...»

Mientras está leyendo, se oyen voces en la entrada. Lucienne se interrumpe cuando entra en la habitación Peyssac, el maestro, esposado, al que va empujando Henri Aubert, en chándal, y Faure, otro miembro del grupo de unos treinta años, con aspecto de intelectual, insinuante y buscavidas.

AUBERT (*a Tonin, jovialmente*): Toma, aquí te traemos al teniente Voltaire, recién sacado del horno... Nos lo hemos encontrado en la cama. Dormido como un angelito...

FAURE: Tenía panfletos en la mesilla de noche, ¡santa inocencia!... (*Leyendo un panfleto:*) «Las tropas alemanas retroceden en todos los frentes. Pronto seréis libres en una Francia libre...» Bien podrían preguntar a todo el mundo su opinión... A mí no me apetece que me libere la banca Rothschild... Estoy en mi derecho, ¿no?

Lucien, boquiabierto, mira a Peyssac, que tiene la cabeza erguida. Se le acerca mucho.

LUCIEN (*en voz baja*): Señor Peyssac, ¿qué...?

PEYSSAC (*a media voz*): ¡Calla, cabrón!

El joven barbero le rocía el pelo a Tonin con un líquido que podría ser Petróleo Hahn o algo por el estilo.

TONIN: Bienvenido, señor Peyssac. (*A Faure:*) Súbelo al primero. Ahora voy...

FAURE: ¿Quiere que vaya empezando con él?

TONIN (*irritado*): No. Espérame...

Faure se encoge de hombros y empuja a Peyssac hacia la puerta.

FAURE: Qué curioso, nunca me han gustado los maestros.

AUBERT (*a Tonin*): Bueno, pues si no me necesita, voy a ducharme.

Sale también él.

FAURE (*voz en off*): No sé por qué, pero todos son socialistas. ¿Usted es

socialista?

Lucien se acerca a Tonin:

LUCIEN: ¿Qué le van a hacer?

El joven barbero le pone brillantina en el pelo a Tonin y lo peina muy despacio y concienzudamente.

TONIN: Vamos a charlar... (*Sonríe.*) ¡Tú tranquilo! (*A Lucienne:*) Habría que encontrarle algo que hacer a este muchachote...

LUCIENNE (*muy autoritaria*): Que me ayude a abrir las cartas.

Lucien se acerca a Lucienne. Esta le alarga un montón de cartas y un cuchillo.

LUCIENNE (*abriendo una carta con el cuchillo*): Tiene que hacerlo así.

Lucien obedece torpemente.

TONIN: Sigue, mamá...

LUCIENNE (*abre una carta y la lee maquinalmente*): «Quiero llamarles la atención sobre el hecho de que a la tal Lebœuf, Solange, modista de Lubsac, la visitan con frecuencia sus dos hijos, rebeldes y comunistas. Ayer sin ir más lejos...»

TONIN (*harto*): Está bien, está bien...

Lucienne coge otra carta que le alarga Lucien.

LUCIENNE: «Como católico practicante, el mercado negro me parece indigno de un francés y de un cristiano...»

TONIN (*alzando el brazo para detenerla*): ¡Bueno!... ¿No hay nada importante esta mañana?

LUCIENNE (*cogiendo un papel*): Sí. Una queja de la prefectura relacionada con la desaparición del doctor Pradines.

TONIN: Déjala correr, mamá... Si se creen que van a encontrar al doctor

Pradines...

El joven barbero le entrega un espejo para que Tonin pueda verse la nuca y las sienes. Tonin asiente con la cabeza y se pone de pie, bostezando.

TONIN: Bueno. Voy a ocuparme de Voltaire.

Se ríe y sale de prisa de la habitación. El joven dobla las toallas, guarda las tijeras y se va también.

Entretanto, Lucien abre las cartas y se las da a Lucienne, que las va metiendo en carpetas.

LUCIEN (*titubeando*): ¿Es usted la... madre del señor Tonin?

LUCIENNE (*encogiéndose de hombros*): No, claro que no...

Abre un cajón y saca otro paquete de cartas que pone en la mesa delante de Lucien.

LUCIEN: ¿Todavía quedan muchas como estas?

LUCIENNE (*sin alzar la vista*): Recibimos unas doscientas diarias. Hay incluso un señor que nos escribe para denunciarse a sí mismo. (*Se encoge de hombros.*) Es como una enfermedad...
Lucien sigue abriendo cartas.

LUCIENNE (*leyendo y subrayando algo con lápiz rojo*): ¿Quiere... quiere trabajar en la policía?

LUCIEN: No lo sé.

LUCIENNE: Es usted joven... (*Lo mira.*) Me parece que le gusta usted mucho al inspector Lanciaga.

LUCIEN (*sorprendido*): ¿El señor Tonin es inspector?

Lucienne suelta el lápiz, soñadora.

LUCIENNE (*para sí*): Lo era... Un policía excepcional...

LUCIEN (*titubea*): ¿Y... ya no lo es?

Lucienne lo mira.

LUCIENNE (*con mucho sentimiento*): ¡Lo echaron en el 36, como si fuera un indeseable!...

14

Más tarde. Lucien pasa del despacho a un vestíbulo. Las suelas de madera golpean las baldosas. Se oye un grito tremendo, un alarido de dolor, que viene del primer piso. Lucien se acerca a las escaleras mirando hacia arriba. Dos niños de cinco o seis años bajan, persiguiéndose. Se oye otro grito, Marie sale de una puertecita de debajo de las escaleras con una bandeja llena de vasos.

MARIE: No os quedéis ahí, niños... ¡Venga!...

Sonríe a Lucien y entra en el bar. Lucien oye ruido de pelotas de ping-pong y risas. Se encamina hacia la puerta que está debajo de las escaleras.

Entra en una habitación grande sin muebles y destartada. En un rincón se apilan en desorden unas cajas. En el centro de la habitación, Betty Beaulieu y Jean-Bernard de Voisins juegan al ping-pong. Betty chilla como una niña. Lleva falda pantalón y un fular puesto como un turbante. Lucien se acerca. Se queda un momento mirándolos. Ellos charlan mientras juegan.

BETTY (*a Jean-Bernard*): Oye, Jean-By.

JEAN-BERNARD: ¿Qué, cariño?

BETTY: ¡Tiene que haber un cabaret gitano en Toulouse!

JEAN-BERNARD (*cansado*): No, cariño. ¡En Toulouse no hay nada! ¡Nada!

BETTY: Entonces, ¿cuándo me llevas a San Sebastián?

JEAN-BERNARD: Pronto, cariño.

Mientras tanto, Lucien se ha acercado a Aubert, que está al fondo de la habitación. Este, con el pelo mojado y una toalla alrededor del cuello, está limpiando unas pistolas que están ante él encima de una mesa. Detrás, hay unas cuantas metralletas en fila en un armero. Aubert sonríe a Lucien.

AUBERT: ¿Has disparado alguna vez con un chisme así?

LUCIEN: No.

AUBERT: No es difícil.

Le pone una Luger en la mano y le indica la posición exacta del brazo.

AUBERT (*dando consejos prácticos*): Bien suelto...

Le indica, a unos metros, fijado en la pared, un cartel grande del mariscal Pétain debajo del cual pone: «¿Sois más franceses que él?».

AUBERT: Apunta al ala izquierda de la nariz.

Lucien apunta cuidadosamente y dispara. Betty, que sigue jugando al ping-pong en segundo plano, suelta un chillido.

AUBERT: ¡Te dije al ala izquierda de la nariz, no al quepis!

Lucien dispara otra vez.

AUBERT: Mejor. Pero sigues disparando demasiado alto... ¡Te envaras demasiado!

Le corrige la postura a Lucien, que vuelve a disparar. Mientras tanto, en segundo plano, Betty y Jean-Bernard se están peleando. Betty da con el pie en el suelo.

BETTY: Pero, oye, ¿qué te ha dado? ¿Por qué me hablas así? (*Tira la raqueta.*) ¡Y además ya estoy harta de estar metida en este agujero! ¡Me vuelvo a París!

JEAN-BERNARD: ¡Ya sabes que no podemos, cariño!

BETTY: ¡No pienso pudrirme aquí porque el señor haya dado cheques sin fondos! ¡Estoy harta, harta! ¡Tengo que irme a París! ¡Tengo que ver a Greven para firmar el contrato con la Continental!... ¿Te enteras?

Se marcha.

Jean-Bernard se pasa una mano por la frente en señal de cansancio. Se acerca a Lucien y mira cómo dispara.

AUBERT (*a Jean-Bernard*): Dispara mejor que tú...

JEAN-BERNARD: ¡Eso no es muy difícil!... (*A Lucien:*) ¿Te quedas con nosotros?

LUCIEN: No lo sé.

Sigue disparando con mucha concentración.

15

Jean-Bernard hace subir a Lucien en un Delahaye Grand Sport aparcado delante del Hôtel des Grottes. Mientras se sienta al volante, pone en marcha el motor y se calza unos guantes de cuero e hilo, Lucien acaricia el salpicadero, abre la guantera y coge unas gafas de sol. Se las pone (y no se las vuelve a quitar ni siquiera en casa de Horn).

LUCIEN: ¿Adónde vamos?

JEAN-BERNARD: A casa de Albert Horn, chico... (*Lo mira sonriente.*) ¿No sabes quién es?... Uno de los mejores sastres de París.

Según lo dice, el Delahaye arranca y se aleja. Va deprisa por una calle estrecha de la ciudad y se detiene delante de un edificio achaparrado. Jean-Bernard y Lucien se bajan del coche.

Suben por unas escaleras grandes en mal estado.

LUCIEN (*extrañado*): ¿Vive aquí?

JEAN-BERNARD: Sí. Está escondido... (*Se ríe.*) Solo trabaja para mí... Nunca me habría imaginado que me lo iba a encontrar en este agujero...

Cruzan un jardincillo. Una anciana que está regando las flores interrumpe la tarea y los sigue con la vista.

JEAN-BERNARD (*siguiendo con una conversación*): Sí, estaba en un internado cerca de aquí, en Sorèze. ¿Te suena?

LUCIEN: No.

JEAN-BERNARD: Me pusieron de patitas en la calle...

Suben ahora unas escaleras de caracol. JeanBernard silba una melodía de André Claveau, «Marjolaine». Se detiene delante de una puerta y llama.

La puerta se abre a medias: Horn, un hombre robusto de unos cincuenta años, asoma la cabeza por la rendija.

HORN (*a Jean-Bernard*): Ah, es usted...

Jean-Bernard y Lucien entran detrás de Horn en una habitación muy desordenada, llena de muebles y de periódicos viejos. Tiene unos hermosos entrepaños de madera, pero se nota que lleva mucho tiempo desocupada. Enfrente de la puerta de entrada, un pasillo ancho conduce a una puerta cerrada. Contra la pared, puede verse un infiernillo antiguo y un lavabo. Una puerta de doble hoja da a una habitación amplia y oscura atestada de muebles cubiertos con fundas.

Horn cierra la puerta de entrada y se acerca a Jean-Bernard. Lleva puesto un batín de seda y da impresión de desaliño.

JEAN-BERNARD (*con tono de hombre de mundo*): ¿Soy inoportuno?

HORN (*muy seco*): Eso nunca.

JEAN-BERNARD (*señalando a Lucien*): Le traigo un cliente...

Horn mira atentamente a Lucien y lo saluda brevemente con la cabeza. Jean-Bernard se deja caer en algo parecido a un sofá con los muelles hundidos. Lucien y Horn se quedan de pie.

JEAN-BERNARD: Es su primer traje... Eso es algo que tiene su importancia en la vida de un hombre...

Lucien está a pie firme y se balancea un poco.

JEAN-BERNARD: ¿Se acuerda de cuando fui a verlo por primera vez con mi padre?... Tenía doce años.

HORN (*con la cabeza gacha*): Sí.

Jean-Bernard enciende un cigarrillo.

JEAN-BERNARD: Estaba usted en la calle de Marbeuf por entonces...

Horn parece no haberlo oído y pasa revista a Lucien de arriba abajo como si le estuviera tomando medidas. Señala dos retales que hay encima de una mesa, junto al sofá.

HORN (*con cansancio*): ¿El joven desea el príncipe de Gales o la franela azul, como el que le hice a usted hace quince días?

JEAN-BERNARD: ¡Príncipe de Gales! ¿Te parece bien, Lucien?

LUCIEN (*intimidado*): Me importa un bledo.

Horn coge una cinta métrica, papel y un lápiz de encima de la mesa. Le toma medidas a Lucien.

En ese momento se abre una puerta en el pasillo: entra una anciana en la habitación con una taza en la mano, se dirige hacia Horn y no parece hacerles caso alguno a Jean-Bernard ni a Lucien. Horn le dice unas cuantas palabras en alemán. Jean-Bernard se pone de pie y le hace una inclinación con cortesía trasnochada.

JEAN-BERNARD: Señora...

La anciana no contesta.

Lucien la mira sin quitarse las gafas negras. Ella vuelve al pasillo y pone a calentar un cazo en el infiernillo. Jean-Bernard vuelve a sentarse en el sofá, preocupado.

JEAN-BERNARD (*a media voz*): Qué rara es su señora madre...

Horn sigue tomándole medidas a Lucien. Jean-Bernard palpa los retales que hay encima de la mesa.

JEAN-BERNARD (*soñador*): Qué telas tan bonitas... ¡Me salieron tiradas!

Unos cuantos cupones de gasolina... (*A Horn:*) ¿Nunca le he contado de dónde salen? De la sastrería de Cassels... Liquidaron sus existencias... Era ciudadano inglés...

Horn alza la vista.

HORN: ¿Qué ha sido de Cassels?

JEAN-BERNARD (*viperino*): Creo que hay un campo en Saint-Denis, para los ingleses... El de los judíos está en Drancy.

HORN: Lo sé.

Ha acabado de tomarle medidas a Lucien.

HORN (*a Lucien*): Muchas gracias.

Lucien se sienta en el sofá junto a Jean-Bernard. Juega con el mechero de Jean-Bernard y enciende un cigarrillo.

HORN (*a Jean-Bernard, con tono seco*): Estará dentro de cinco días.

JEAN-BERNARD: Hay novedades en lo de España, ¿sabe? Habrá que tirar por todo lo alto.

HORN (*con suavidad*): ¿No le parece que he tirado ya por todo lo alto?

JEAN-BERNARD: Van a adoptar medidas cada vez más severas contra las personas como usted.

HORN: ¿No le basta con lo que ya le he dado?

JEAN-BERNARD: Eso, mi querido amigo, era para la documentación falsa. (*Se vuelve hacia Lucien y señala a Horn:*) El señor es un judío rico y avaro...

De repente, se oye un piano al lado. Horn se va a la habitación contigua. Ya no se lo ve, pero se oyen cuchicheos que suenan a riña. El piano se calla. Horn vuelve a la habitación y cierra la puerta de comunicación. Al tiempo, le dice una frase en alemán a su madre, que va y viene por el pasillo.

Jean-Bernard se levanta y se acerca a Horn.

JEAN-BERNARD (*socarrón*): Debe de echar de menos París. ¿Sabe que hay

el doble de salas de fiestas que en el 39? Bien pensado, la guerra tiene sus cosas buenas.

Mientras tanto, Lucien juega distraídamente con el mechero de Jean-Bernard.

16

En el bar del Hôtel des Grottes, Faure, con el oído pegado a la radio, está escuchando las noticias de la emisora nacional, que informa del frente de Normandía: noticias proalemanas que hablan de grandes pérdidas del bando aliado.

En la otra punta del bar, Aubert y la señora Georges charlan en voz baja con una carpeta delante. Marie pasa ante ellos con una bandeja de vasos que deja en una mesa donde están Lucien, Betty, Jean-Bernard y el perro danés.

Betty se lleva el vaso a los labios, bebe y hace una mueca:

BETTY: ¡No es un Dama Rosa de verdad!

JEAN-BERNARD: Por favor, cariño. Esta joven ha hecho lo que ha podido.

Y le guiña un ojo a Marie.

BETTY: ¿Sabes dónde he tomado los mejores Dama Rosa? En el bar de Rudy Hiden, en la calle de Magellan... Es el mejor bar inglés de París... (A Faure, alzando el tono de voz:) ¿Y si nos pusiera usted música?

Faure se vuelve.

FAURE (*irritado*): Por favor, señorita Beaulieu. ¡Están sucediendo cosas muy serias!

Betty hace un gesto de impaciencia. Se vuelve hacia Lucien.

BETTY (*encantadora*): ¿Sabe que hago cine, Lucien?

LUCIEN: ¿Ah, sí?

BETTY: El año pasado tuve un papel estupendo en *Noche de redada*, con Yvon Nevers...

LUCIEN: Entonces, ¿se la puede ver en el cine?

BETTY: Podría en París, Lucien... (*Mira a Jean-Bernard con segundas:*) Por desgracia, en este agujero no ponen en los cines más que películas viejas...

JEAN-BERNARD: Qué le vamos a hacer...

Jean-Bernard se levanta y se acerca a Faure y al aparato de radio. Están acabando las noticias. Faure se vuelve hacia él, sonriente:

FAURE: Lo que suponía: ¡los americanos no son soldados! Por lo visto ponen a sus negros en primera línea...

JEAN-BERNARD (*irónico*): Es usted parcial, mi buen amigo. ¿Quién le dice que esas informaciones son exactas?

FAURE (*sonriendo*): ¿Está de guasa?

JEAN-BERNARD: Ni mucho menos. Hay que escuchar siempre Radio Londres para hacer un promedio...

Gira el mando del aparato intentando sintonizar la radio inglesa. Faure está sudando a mares.

JEAN-BERNARD: ¿No tiene calor con la chaqueta puesta?

FAURE: No.

Betty está acabando de dedicarle una foto suya a Lucien, una de esas fotos de artistas del estilo del estudio Harcourt, de las que ha sacado un montón del bolso.

BETTY: ¡Aquí tiene, Lucien!... (*Le lee la dedicatoria:*) «A Lucien, en una noche de junio, con todos mis deseos de felicidad, poesía y éxito.»

Le alarga la foto.

Jean-Bernard ha sintonizado una emisora inglesa que también emite noticias, muy diferentes por supuesto.

Faure, algo apartado, ha abierto un periódico (*Je suis Partout*).

JEAN-BERNARD (*inclinándose hacia Faure*): ¿Entiende el inglés, Stéphane?

FAURE (*sin apartar la vista del periódico*): No. ¿Para qué?

Mira a Jean-Bernard.

FAURE (*subiendo el tono de voz*): Yo no pienso darle la vuelta a la chaqueta... ¿Quiere que le diga lo que opino de los ingleses?... Me repugnan...

Betty, que lo ha oído, se vuelve hacia él.

BETTY (*muy alto*): En cualquier caso, son más guapos que los franceses...
(*A Lucien*;) ¡Yo estaba enamorada de Leslie Howard!

Lucien no da señales de que le suene ese nombre. Atiende a la conversación con curiosidad, como si estuviera en el teatro.

Faure se vuelve hacia Jean-Bernard:

FAURE (*sonriendo*): ¿No le parece que la estupidez tiene ciertos límites?

Betty se pone de pie, furiosa:

BETTY: ¿Qué ha dicho? ¡Repita lo que ha dicho!

Entra Tonin, que viene de las escaleras.

TONIN (*a Betty*): ¡Qué! ¿Otra vez discutiendo?

Se acerca a la barra.

TONIN (*a Aubert*): ¡Henri, ponme un coñac! ¿Sigues con los negocios?

AUBERT: A ver qué remedio...

TONIN (*se vuelve hacia Jean-Bernard y Faure*): Tenéis trabajo arriba...

Jean-Bernard apaga la radio.

JEAN-BERNARD: ¡Vamos allá!

BETTY: Yo también voy.

JEAN-BERNARD: No merece la pena, cariño...

Tonin se bebe el coñac de un trago.

TONIN: Si se lo pasa bien...

Betty se planta delante de Jean-Bernard.

BETTY (*recalcando las palabras*): ¡Eso! ¡Me lo paso bien!

Sale la primera; detrás van Jean-Bernard y Faure. El danés da unas cuantas vueltas por el bar, se acerca gruñendo a Lucien y luego se marcha.

Lucien sigue sentado y bosteza. Se oye, procedente de las escaleras, la voz de Betty, que se aleja poco a poco:

BETTY (*voz en off*): ¡A mí me importa un bledo que ganen la guerra los ingleses o los alemanes!... Todo lo que sé es que aquí estoy perdiendo el tiempo... ¿Y mi carrera? ¿Tú tienes en cuenta mi carrera?...

Mientras tanto, Aubert está hablando por teléfono junto a la barra. A su lado está la señora Georges con una libreta en la mano.

AUBERT: ¿Oiga?... ¿Reoyo? Soy Henri... Sí..., sí.

SEÑORA GEORGES (*ansiosamente*): Pero ¿qué dice?

AUBERT (*tapando el auricular con la mano*): Hay dos vagones de zapatos en la frontera española...

SEÑORA GEORGES: ¿Vagones de zapatos? ¿Y el cupón para desbloquearlos?

AUBERT: Puede conseguirlo a través de Guy Max a cambio del wolframio.

SEÑORA GEORGES: Dígale que vale.

AUBERT (*al teléfono*): Está bien, Reoyo, de acuerdo... En eso quedamos...

De acuerdo... De acuerdo...

Marie, desatándose el delantal, se separa de la barra y se acerca a Lucien.

MARIE: ¿Quieres una infusión?

Lucien la mira y dice que no con la cabeza. Marie se inclina hacia él.

MARIE (*a media voz*): ¿No irás a volver a dormir esta noche en el despacho de la señorita Chauvelot?

Lucien la mira.

MARIE: Ahora me voy arriba... Espera un poco... Es la quinta puerta, al fondo del pasillo...

Lucien asiente. Marie sale.

La señora Georges y Aubert siguen de conversación en la barra.

AUBERT: ¿Ha hablado con Wiroth?

SEÑORA GEORGES: Sí, me va a hacer una rebaja en la gamuza.

AUBERT: ¿Les interesa a los militares alemanes?

SEÑORA GEORGES: ¿La gamuza? ¡No se hace usted idea!...

AUBERT (*con admiración*): Señora Georges, es usted una mujer de negocios... ¿Y los cueros curtidos?

SEÑORA GEORGES (*pesarosa*): Ya solo se encuentran cueros sin tratar... A muy buen precio...

AUBERT: ¿Muy buen precio?

Lucien se pone de pie, va al vestíbulo y sube las escaleras casi de puntillas.

Lucien llega al descansillo del primer piso, sumido en la oscuridad. Enfrente, a la entrada del pasillo, hay una puerta entornada que da a una

habitación con luz. Se oye un gemido, una queja muy débil. Se acerca y echa una ojeada por la rendija de la puerta.

Un cuarto de baño grande, con lavabo doble y bañera. Han añadido una mesa, en la que hay una máquina de escribir, y un sofá. Lucienne está sentada en una silla, ante la máquina de escribir. Faure se pasea arriba y abajo. Betty está sentada en el sofá.

Jean-Bernard, en mangas de camisa, sujeta la cabeza de un prisionero dentro del agua de la bañera. El prisionero, con las manos esposadas a la espalda, se resiste y, al intentar en vano soltarse, salpica a Jean-Bernard, que retrocede de un salto. Betty se echa a reír.

BETTY: ¡Los pantalones, Jean-By!

Jean-Bernard le endereza la cabeza al hombre, tirándole hacia atrás del pelo: es Peyssac, que busca el aire ruidosamente, intentando recobrar la respiración. Cuando lo está consiguiendo, Jean-Bernard lo vuelve a sumergir en la bañera.

Lucien mira la escena, inmóvil, detrás de la puerta.

Vuelven a oírse la risa de Betty, ruidos de agua y la voz de Faure.

FAURE (*voz en off*): ¡A ver si hablas, so cabrón! ¡La verdad, es como si le gustara!

Lucien camina por el pasillo con la mirada fija. Se cruza con el danés de Betty, que parece aburrido, y lo acompaña hasta la puerta de Marie. Entra en el cuarto de Marie: una habitacioncita diminuta sin más muebles que una cama estrecha.

Marie, sentada en la cama, se está soltando el pelo; se levanta y le echa los brazos al cuello a Lucien. Este se separa de ella y se deja caer sentado en la cama.

Pasa un rato. Vuelve a oírse a lo lejos la risa de Betty. Marie, desconcertada, le acaricia el pelo, de pie ante él.

MARIE: No deberías mezclarte con esa gente... No son como nosotros.

Le da un empujón en los hombros para que caiga de espaldas en la cama.

MARIE: Para empezar, los que van a ganar la guerra son los americanos...
Todo el mundo lo dice...

Se tiende encima de él y lo besa.

MARIE: ¿Me oyes? (*Se ríe.*) Los cabezas cuadradas no tienen nada que hacer... Te digo que van a ganar los americanos...

18

Jean-Bernard y Lucien entran en el jardín de una imponente casa señorial a la salida de un pueblecito. El jardín parece un oasis a salvo de la guerra: sombrillas, tumbonas, mesas de jardín. Hay unos niños jugando, al cuidado de dos mujeres con vestidos de verano. Al fondo del jardín, unas muchachas juegan al bádminon.

Jean-Bernard y Lucien van vestidos como maquis de la Resistencia. Jean-Bernard cojea y se agarra el muslo, como si estuviera herido. Lucien lo sostiene.

JEAN-BERNARD (*a media voz*): Déjame hablar a mí, que ya tengo costumbre...

Avanzan por el jardín.

JEAN-BERNARD (*a media voz*): En el fondo, me habría gustado ser actor... (*Sonríe.*) Creo que lo habría hecho mejor que Betty...

La sonrisa de Jean-Bernard vuelve a convertirse en una mueca de dolor: un hombre de porte patricio, en mangas de camisa y con sombrero de paja, se les acerca.

JEAN-BERNARD: ¿Profesor Vaugeois?

VAUGEOIS (*muy seco*): En persona.

JEAN-BERNARD: Soy de los maquis de Lorsac... Ha habido un ataque de los cabezas cuadradas... Tengo una bala en el muslo.

Vaugeois parece reflexionar sobre lo que debe hacer. Valora con la vista a Jean-Bernard y a Lucien.

VAUGEOIS: Estoy de vacaciones... Y no tengo nada aquí para atenderlo.
(*Una pausa.*) ¡En fin, entren!

Vaugeois lleva a Jean-Bernard y a Lucien a un salón grande, recargado de muebles y adornos. Debe quedar patente que en esta casa lleva varias generaciones viviendo la misma familia.

Lucien mira en torno con asombro: es la primera vez que se encuentra con la opulencia burguesa. Al fondo del salón, un joven de dieciocho años está dando los últimos toques a la maqueta de un paquebote colocada encima de una mesa.

VAUGEOIS (*a Jean-Bernard*): Es mi hijo. Patrick, ve a buscar mi maletín, vendas y alcohol.

PATRICK: Sí, papá.

Sale deprisa de la habitación.

VAUGEOIS (*a Jean-François*): Échese.

Jean-Bernard se tiende en el sofá. Vaugeois le quita el vendaje. Jean-Bernard suelta un gemido.

JEAN-BERNARD: Me hablaron de usted los compañeros... Sobre todo el comandante Mery...

VAUGEOIS (*sonríe*): ¡Ah! ¿Conoce a Mery?

JEAN-BERNARD: Muy bien.

VAUGEOIS (*confidencialmente*): Es un amigo... De vez en cuando me envía a algún muchacho...

Vaugeois acaba de retirar las vendas y ve que no hay herida; alza la cabeza hacia Jean-Bernard, quien saca indolentemente una Luger y le apunta.

JEAN-BERNARD (*con mucha educación*): Disculpe... ¡Policía alemana! ¡Lo

siento!

Se levanta sin prisa y le hace una seña a Lucien.

JEAN-BERNARD: ¡Vigílalo!...

Lucien se saca también una pistola del bolsillo. Apunta a Vaugeois y lo coloca de cara a la pared con las manos en alto. Jean-Bernard va a la ventana, la abre y dispara dos veces.

Vuelve el hijo de Vaugeois cargado con botellas y vendas; lo siguen dos mujeres, una de ellas con ropa de tenis.

LA MUJER CON ROPA DE TENIS (*asustadísima*): Pero ¿qué pasa, Paul?

VAUGEOIS (*con mucha dignidad y las manos en alto*): No tengas miedo, querida.

Jean-Bernard vuelve al centro de la habitación y saluda a las señoras. Ve un camafeo en la chimenea y lo coge.

JEAN-BERNARD (*con tono de entendido*): Precioso...

Y se lo mete en el bolsillo. Luego se acerca a las dos mujeres como si algo lo preocupase.

JEAN-BERNARD: Díganme... ¿Son ustedes familia de Philippe Vaugeois?

La señora con ropa de tenis asiente medrosamente con la cabeza. Jean-Bernard sonrío.

JEAN-BERNARD: Lo conocí en La Baule... Vamos a ver... En septiembre del 38... Qué buen tenista era Philippe...

Se oye cómo se detienen unos coches delante de la casa.

Entretanto, Lucien da una vuelta por el salón examinando los muebles, los adornos, los cuadros. Pasa junto al hijo de Vaugeois, petrificado, con las vendas y las botellas en la mano. Le indica con la pistola un cuadro del siglo

XIX que representa a una dama austera.

LUCIEN: ¿Quién es?

EL HIJO DE VAUGEOIS (*tartamudeando*): Mi bisabuela...

Lucien se para ante una poltrona confortable, un mueble inglés de cuero. La palpa a ver si está mullida; luego se sienta, muy tieso y muy serio, como si quisiera comprobar si el sillón es resistente. Se levanta y se vuelve a sentar; ahora se pone más cómodo y estira las piernas. El hijo de Vaugeois lo mira sin moverse.

Tonin, Faure e Hippolyte (un martiniqués) entran en el salón.

Jean-Bernard se acerca a Tonin.

JEAN-BERNARD (*señalando a Vaugeois*): ¡Lo que pensábamos! ¡Colabora con Mery!

Las dos mujeres, aterradas, están en una esquina de la habitación.

SEÑORA VAUGEOIS (*aterrada*): Pero ¡haz algo, Paul! ¡Llama al prefecto!

VAUGEOIS: No temas.

Suena el teléfono, que está encima de una mesa, junto a las mujeres. La señora Vaugeois quiere cogerlo, pero Hippolyte se lo impide. Descuelga.

HIPPOLYTE (*muy amable*): ¿Diga? Sí... Quiere hablar con el profesor Vaugeois..., un momento... (*Se vuelve hacia Tonin.*) Es el hermano del profesor Vaugeois... ¿Qué le digo, jefe?

Tonin está pasando revista, como un experto, a las bebidas que hay en una bandeja.

TONIN: Pues dile que vamos a fusilarlo...

El martiniqués vuelve a coger el teléfono.

HIPPOLYTE (*amabilísimo*): Vamos a fusilar al profesor Vaugeois,

caballero... Sí... A fusilarlo...

TONIN: Y mándale un abrazo de mi parte.

HYPPOLITE: Un abrazo, caballero... (A Tonin:) ¡Ha colgado!

Tonin se acerca a Vaugeois. Lleva en la mano una botella de licor de pera y bebe un largo trago.

TONIN (*con brutalidad*): Bueno, pues a ver qué nos va a contar usted del comandante Mery, ¿eh?

Vaugeois no contesta. Faure se le acerca con una sonrisa.

FAURE: Un hombre como usted colaborando con los terroristas, ¡me supera!... Francia bolchevique, ¿es eso lo que quiere?

VAUGEOIS (*con mucha dignidad*): Yo estoy con De Gaulle, caballero.

FAURE (*encogiéndose de hombros*): ¡Vamos! ¿No sabe que De Gaulle está rodeado de judíos y de comunistas?... ¿Quiere que le dé nombres? Schumann, ¿a usted le suena eso a francés?

Tonin hace un gesto de exasperación.

TONIN (*a Faure*): La política, dentro de un rato.

Se vuelve hacia Vaugeois y, con tono fingidamente pueril, le dice:

TONIN: Vamos, doctor, cuénteme cosas del comandante Mery. (*Echa un trago.*) ¡Vamos, cuente, doctor!

Mientras tanto, Jean-Bernard e Hippolyte dan la vuelta a la habitación, rebuscando en los cajones y abriendo los armarios acristalados. JeanBernard le indica al martiniqués lo que tiene que coger con ademanes de persona entendida: estatuillas, objetos de jade y cubiertos de plata, que Hippolyte mete en el acto en una bolsa grande.

Lucien mira detalladamente la maqueta del barco. El hijo de Vaugeois se acerca tímidamente.

LUCIEN: ¿Qué es?

EL HIJO DE VAUGEOIS: Es el *Wandera...* (*Se envalentona:*) Lo he hecho yo.
He tardado un año.

Acaricia la maqueta con el dedo. Se nota que tiene puesta la vida en ella.

EL HIJO DE VAUGEOIS (*sonríe*): Está casi acabada...

LUCIEN: ¿Es difícil?

EL HIJO DE VAUGEOIS (*con entusiasmo*): Sí... Sobre todo los ojos de
buey...

Lucien mira a ese muchacho de dieciocho años que a él le parece un marciano. Jean-Bernard se ha acercado. Toca la maqueta, pasa el dedo por las superestructuras del barco y por los mástiles. El hijo de Vaugeois hace ademán de impedirselo, pero se lo piensa mejor.

JEAN-BERNARD (*con mucha calma*): ¿Así que te pasa lo que a tu padre?
¿No sabes nada de los maquis?

Jean-Bernard pasa un dedo por el mástil y lo rompe de un golpe seco. El hijo de Vaugeois mira, fascinado. Lucien se acerca más, mete un dedo por un ojo de buey y tira despacio, arrancando un trozo del puente, con un crujido siniestro que le arranca al hijo de Vaugeois una mueca de dolor.

19

Lucien sube los últimos peldaños de las escaleras de caracol y llama a la puerta de Horn. Se oye un piano. Horn abre. Lucien entra. Horn lleva el mismo batín y un fular anudado muy flojo al cuello. Está sin afeitarse.

LUCIEN (*inseguro*): Buenos días...

HORN: Buenos días...

Horn se dirige al lavabo del pasillo y se lava las manos concienzudamente.

Se inclina un poco, se mira en el espejo, se pasa una mano por el pelo. Luego se acerca a Lucien mientras se seca las manos con una toalla. Sonríe:

HORN: Tiene el traje listo...

El traje está en la mesa grande, cerca del sofá. Horn le indica a Lucien la parte baja de los pantalones.

HORN: Le he hecho unos bombachos de golf. Me parecen más elegantes para un joven...

Lucien se sienta en el sofá, enciende un cigarrillo y deja el paquete en la mesa. Luego, sin dejar de mirar a Horn, le da una toba al paquete, que se desliza por la mesa hacia Horn. Lucien le hace un gesto que quiere decir: «Sírvasse.» Horn coge un cigarrillo sin mover de sitio el paquete. Lucien le alarga un mechero. Horn lo coge, pero no consigue encender el cigarrillo, que acaba por dejar en cualquier sitio.

HORN: ¿Le gustan los bombachos de golf?

Lucien no contesta. Horn parece apurado.

HORN: Se pueden hacer unos pantalones rectos... Pero me parece que los bombachos de golf tienen algo más..., algo más..., algo más...

Lucien fuma, imperturbable.

LUCIEN: ¿Qué son unos bombachos de golf?...

Horn lo mira sin decir nada, con algo parecido al asombro. Lucien se levanta, apaga el cigarrillo con los dedos, le da un soplo y se lo mete en el bolsillo.

LUCIEN (*amenazador*): ¿Qué son unos bombachos de golf?

HORN (*señalando la parte de abajo del pantalón*): Son... son así.

Le trae la chaqueta y el pantalón.

HORN: Deberíamos... hacer... una prueba.

Luego vuelve al lavabo y se seca las manos otra vez. Mientras tanto, Lucien se pone de pie con indolencia, se saca el revólver del bolsillo, lo pone encima de la mesa y le da dos palmaditas, como si fuera un animal. (*Horn está de espaldas en segundo plano.*) Lucien se quita los pantalones, silbando entre dientes muy bajito, y se pone los bombachos de golf. Mira la parte de abajo.

Horn vuelve junto a Lucien.

LUCIEN: ¿Esto son unos bombachos de golf?

HORN (*quieto, casi solemne*): Sí... Pues sí, eso es.

Horn se pone en cuclillas para abrocharle los bombachos en las pantorrillas.

HORN: ¿Es usted de aquí?

LUCIEN: No. De Souleillac.

HORN: Y ¿es usted un... amigo de JeanBernard de Voisins?

LUCIEN: Sí.

HORN (*titubea*): ¿Está usted... estudiando?... ¿Está... de vacaciones?

LUCIEN: No. Estoy en la policía alemana.

Horn acusa el golpe con la cabeza gacha. Luego se incorpora, le pone la chaqueta y se la ajusta. Coge unas tijeras grandes y corta los hilvanes que quedan en el traje, sobre todo debajo del cuello. Da una vuelta alrededor de Lucien, que está de pie y quieto.

HORN (*como si hablase consigo mismo*): ¿Sabe? Conocí al padre de Jean-Bernard, el conde de Voisins... Un hombre encantador... Su hijo lo tenía muy preocupado.

Lucien coge despacio el revólver, se lo mete en el bolsillo interior de la chaqueta y, luego, lo saca.

LUCIEN: Así que usted... ¿es judío?...

Horn no contesta. El piano, que se ha estado oyendo hasta ese momento, ha parado.

LUCIEN: El señor Faure dice que los judíos son los enemigos de Francia.

HORN: No..., yo no...

Lucien intenta ahora meterse el revólver en el otro bolsillo.

LUCIEN: ¿Es usted de París?

HORN: Sí... Me iba bien en el oficio... Tenía buenos clientes..., amigos...

LUCIEN: ¿Qué?

HORN (*con cansancio*): Nada.

Una joven de unos veinte años ha entrado de pronto en la habitación, sonriente. Ve a Lucien, lo mira un momento y luego va hacia el pasillo sin hacer ruido. Lucien la sigue con la vista. Horn, que está de espaldas, no ha visto a la joven.

Ella vuelve a la habitación con una bolsa de la compra. Abre un cajón para coger dinero, sin apresurarse y echándole ojeadas curiosas a Lucien.

Él no le quita ojo.

Horn, siguiendo la dirección de la mirada de Lucien, se vuelve y la ve. Parece disgustado y se acerca a la joven.

HORN: ¿Qué quieres?

LA JOVEN: Voy a la compra.

HORN: Ya ves que estoy ocupado.

La joven se acerca a Lucien.

LA JOVEN (*a Horn*): ¿No me presentas?

Horn titubea.

HORN (*incómodo, a Lucien*): Mi hija.

LUCIEN: ¿Cómo se llama?

HORN: France...

Lucien le tiende la mano.

LUCIEN: Lacombe, Lucien.

Se dan un apretón de manos y se quedan un momento frente a frente.
Horn coge a su hija del brazo y se la lleva hacia la puerta.

HORN (*autoritario*): Vamos, date prisa... ¡Hasta luego!

La joven sale. Horn vuelve junto a Lucien.

Este ha ido a mirarse a un espejo grande de cuerpo entero. Endereza la espalda y se abrocha despacio la chaqueta.

LUCIEN (*sin mirar a Horn*): El señor Jean-Bernard me ha encargado que le pida el dinero que le debe usted.

Horn abre un cajón de la mesa y saca un fajo de billetes, que cuenta con cansancio. Se lo alarga a Lucien, que se lo mete en el bolsillo.

HORN: Dígale al señor Jean-Bernard que su padre se disgustaría mucho si viera esto... ¡Era un auténtico caballero!... (*Brutalmente:*) ¡Ah, bueno, bien pensado, me importa un carajo!

Lucien se ha abrochado todos los botones de la chaqueta, por lo que le cuesta guardar el revólver en el bolsillo interior. Se queda de pie, delante del espejo, muy serio.

Lucien, con sus bombachos y los pantalones viejos enrollados debajo del brazo, cruza por una plaza de la ciudad donde reina una curiosa animación. De un camión militar bajan unos diez soldados alemanes que bromean y se dan empujones.

Lucien se mete por una calle con muchos comercios. Se cruza con un transeúnte que les echa una ojeada a sus pantalones.

Delante de una mantequería hacen cola unas amas de casa. Lucien va siguiendo la hilera y se da de bruces con la hija de Horn. La saluda. Ella contesta. Lucien sigue andando, se detiene, titubea, da media vuelta y regresa hacia ella.

LUCIEN: Venga conmigo.

La agarra por el brazo y la pone al principio de la cola. Las amas de casa, furiosas, protestan y los insultan. Lucien intenta meter a France en la tienda, pero una mujer les impide el paso.

LA MUJER: ¡A la cola, chicos, como todo el mundo!

Las amas de casa están fuera de sí: llueven los insultos y las palabrotas. Lucien, agobiado, intenta hacerles frente.

LUCIEN (*gritando*): ¡Prioridad!... Policía alemana...

FRANCE (*a Lucien*): ¿No le parece que está abusando?

Un policía de uniforme, alto y corpulento, aparece y agarra a Lucien por el brazo con brutalidad.

EL POLICÍA: ¡Oye, tú!... ¿Qué demonios es esto?

Lucien se suelta, se saca una tarjeta del bolsillo y se la alarga al policía, que la examina.

LUCIEN (*con expresión socarrona*): Policía alemana...

EL POLICÍA (*sorprendido*): ¿Trabaja con el señor Tonin?

LUCIEN: Pues sí...

El policía, incómodo, le devuelve la tarjeta.

EL POLICÍA: Disculpe, no le conocía.

Se esfuma, apurado. Lucien vuelve a meterse la tarjeta en el bolsillo y mira

en torno. Ve a France volver a su sitio, al final de la cola, sin decir una palabra.

21

A última hora de la tarde, Lucien sube las escaleras de la familia Horn con una caja de cartón debajo del brazo. Cruza el jardincillo. Se cruza con una mujer de clase media que le echa una mirada de desconfianza. Se vuelve, tras dar unos pasos. La mujer se ha quedado parada y lo está observando.

Lucien sube las escaleras de caracol. Al llegar a la puerta, se detiene: se oyen voces destempladas al otro lado del tabique. Lucien se queda escuchando.

VOZ DE FRANCE (*muy irritada*): ¿Por qué me sigues hablando de esa historia?... A mí ya se me ha olvidado...

VOZ DE HORN: Pero si eres tú la que acabas de hablarme de ella a mí... No irás a decirme que era un chico como es debido, vamos... Después de lo que hizo...

VOZ DE FRANCE: Vamos a cambiar de tema... Todo eso queda ya tan lejos... París y lo demás...

VOZ DE HORN: Hace un año justo, cariño...

Lucien llama. La pelea se detiene en el acto. La madre de Horn entorna la puerta y se queda quieta, mirando a Lucien.

LUCIEN: ¿Está el señor Horn?

Ella no contesta. Lucien empuja la puerta sin más miramientos y entra.

Horn y su hija están sentados a la mesa, a punto de cenar. Horn se levanta. Lleva puesto el batín.

HORN: ¿Qué sucede? ¿Qué quiere?

LUCIEN (*con aplomo*): ¿Yo? Vengo a ver a su hija.

Lucien se acerca a la mesa y pone encima cuidadosamente la caja. Horn se

coloca junto a su hija, como si quisiera protegerla. Se queda de pie.

LUCIEN: Buenas noches, señorita.

France alza los ojos hacia Lucien, con una leve sonrisa.

FRANCE: Buenas noches.

LUCIEN (*como si estuviera en su casa*): Siéntese, señor Horn.

Horn se sienta al lado de su hija. Lucien se sienta delante. Una pausa. Se observan.

LUCIEN: Se está bien aquí... No como en la calle...

La madre de Horn, viniendo del pasillo ancho que está en segundo plano y hace las veces de cocina, trae una sopera. Horn sirve a su hija, mientras dice unas palabras en alemán a la anciana. Esta contesta con una larga frase en alemán y va a buscar un plato y cubiertos, que deja con mucha brusquedad encima de la mesa, delante de Lucien, que la sigue con la vista, asombrado. La anciana vuelve al pasillo y se sienta a una mesita, ante un solitario.

HORN (*a Lucien*): ¿Supongo que cena con nosotros?

Lucien asiente con la cabeza. Se sirve él mismo y empieza a comer, como un campesino, con la cara metida en el plato. Horn y France lo miran de reojo. Lucien se echa pan en la sopa. Ve que los otros dos lo miran, y como si se acordase de repente de la presencia de la caja que tiene a su lado, empieza a abrirla.

LUCIEN: Les he traído un regalo...

Saca de la caja seis botellas de champán y las pone en fila en el centro de la mesa.

LUCIEN (*indicando la etiqueta, muy ufano*): Champán de Lossy... El

señor Jean-Bernard me ha dicho que era el mejor... (*A France:*) ¿Le gusta el champán, señorita?

France mira a su padre con desagrado.

FRANCE: No. Esta noche, no.

HORN (*tétrico*): Pues claro que te gusta el champán...

Lucien abre una botella sin tomar precauciones mientras France y Horn lo observan. El champán sale en surtidor. Hace un ademán de sorpresa y luego se ríe. Solo se ríe él. Se le apaga la risa. Sirve, un poco incómodo, a France y a Horn. Después se acerca a la anciana con la botella en la mano y le pone champán en la taza de té.

LUCIEN: ¡Hala, abuelita, a su salud!

Ella no le hace el menor caso. Se levanta para tirar el champán por el fregadero y vuelve luego al solitario. Lucien se sienta otra vez enfrente de Horn y de France.

LUCIEN (*alzando el vaso*): ¿Brindamos, señor Horn?

Horn alza con desgana el vaso, con el que Lucien choca el suyo. France no se inmuta.

LUCIEN: Debería beber un sorbo, señorita.

FRANCE: Su champán está caliente... Y además es de una mala añada...

Horn se vuelve hacia France.

HORN: France, este joven es un cliente. (*A Lucien:*) Discúlpeme, pero no recuerdo su nombre.

LUCIEN (*automáticamente*): Lacombe, Lucien.

HORN: Lucien... (*Soñador:*) ¡Bonito nombre!

Lucien lo mira.

LUCIEN (*amenazador*): Y usted se llama Albert, ¿no?

HORN: Pues sí... (*como si estuviera consternado*:) Albert...

France los mira a los dos y se echa a reír. Lucien, envalentonado, dirige el vaso hacia France.

LUCIEN (*sonriente*): Hala, a su salud... Cariño...

Ha dicho «cariño» como si pronunciase una palabra extranjera.

FRANCE: ¿Cariño?

Suelta otra carcajada, se levanta y se va de la mesa. Horn intenta cambiar de conversación.

HORN: ¿Está contento con sus bombachos de golf?

LUCIEN: No mucho, señor Horn.

Hay en su voz algo así como una amenaza.

22

Más tarde. Es de noche.

France y Horn están sentados juntos en el sofá. Lucien se ha acomodado en un sillón viejo de cuero muy gastado. La abuela ha desaparecido.

Lucien está fumando. Apaga la colilla, le da un soplido y se la mete en el bolsillo. Apura el vaso. Parece achispado. Coge una botella de champán y la descorcha.

LUCIEN (*a Horn*): ¿Conoce a Betty Beaulieu?

HORN (*claramente harto*): ¿Cómo dice?

LUCIEN: Betty Beaulieu, la amiga del señor Jean-Bernard. (*Se saca del bolsillo la foto dedicada.*) Trabajó en *Noche de redada*...

Se pone de pie y le alarga la foto a Horn, quien la mira por encima.

HORN: No, no la conozco.

LUCIEN (*cogiendo la botella*): ¿Más champán, señor Horn?... Estamos de fiesta...

HORN (*harto*): No, en serio...

LUCIEN: ¡Vamos, Albert, esto siempre sienta bien!

Le llena el vaso a Horn.

France se incorpora de repente.

FRANCE: Pero ¿qué estamos celebrando exactamente?

Horn le coge la mano.

HORN: Deberías irte a la cama...

LUCIEN (*amenazador*): Le prohíbo que se vaya a la cama..., cariño...

FRANCE: ¿Por qué me llama «cariño»?

LUCIEN: No lo sé.

Se miran y se ríen.

FRANCE (*con insolencia, a Lucien*): ¿A qué se dedicaba usted antes de meterse en la policía?

LUCIEN: Pues... era... estudiante.

FRANCE: ¿Estudiante de qué?

Lucien se pone de pie, furioso.

LUCIEN (*amenazador*): ¿Sabe que yo (*se señala*) puedo hacer que los detengan a todos?

Horn se inclina hacia France.

HORN: ¡France, cállate!

FRANCE: ¿Le tienes miedo?

LUCIEN: Sí. Y hace bien...

En ese momento llaman a la puerta. Lucien quiere ir a abrir. Horn se pone de pie a toda prisa.

HORN: Ya voy yo.

Lucien y France se quedan solos. Se oye el ruido de una conversación en las escaleras. Lucien mira a France, que también lo mira. Lucien le llena el vaso de champán y se lo alarga. Ella se lleva el vaso a los labios y sigue mirándolo con expresión soñadora y divertida. Le toca la palma de la mano con la yema de los dedos.

FRANCE: Tiene unas manos muy curiosas...

Vuelve Horn en compañía de un hombre con aspecto de fuerza viva de provincias.

EL HOMBRE (*con ironía despectiva*): Pues claro que sí, mi querido señor, estoy en mi perfecto derecho de subirle el alquiler... A bastante me arriesgo ya cargando con usted... Por lo demás, nadie lo retiene aquí... Francia no es un vestíbulo de estación...

HORN (*cansado*): De acuerdo, señor Raverdy.

EL HOMBRE (*despectivo*): ¿Sabe lo que ha dicho el Mariscal?...

Lucien se encoge de hombros.

LUCIEN (*muy despectivo*): El Mariscal... (*A France:*) El señor Tonin lo llama el tonto del culo. (*Ríe.*)

FRANCE (*extrañada*): ¿El tonto del culo?

El hombre fulmina a Lucien con la mirada.

EL HOMBRE: ¡Muy gracioso! (*Se vuelve hacia Horn.*) (*Amenazador:*) ¿Este caballero es invitado suyo?

Lucien se pone de pie muy despacio, saca el revólver y apunta al hombre.

LUCIEN: Policía alemana.

El hombre, atónito, se vuelve para mirar a Horn.

EL HOMBRE: ¿Qué historia es esta?

Horn lo mira muy serio con expresión fatalista.

HORN: Ya ve usted, este joven es efectivamente de la policía alemana.

Lucien estira el brazo derecho hacia el casero y chasquea los dedos.

LUCIEN: ¡Documentación!...

El hombre se lo piensa un momento y luego le alargó la documentación a Lucien, como un sonámbulo.

Lucien mira los documentos por todos lados con el ceño fruncido, los huele y, luego, los tira al suelo. El hombre los recoge.

LUCIEN: ¡Largo!

El hombre sale de la habitación con Horn siguiéndolo. En la puerta, se vuelve.

EL HOMBRE (*a media voz*): ¡Tiene amistad con los de la Gestapo! ¡Bravo!

23

Mucho más tarde. Horn sigue en el sofá. Lucien da vueltas por la habitación. Va al pasillo y se vuelve, señalando la puerta del fondo.

LUCIEN: ¿Es aquí donde duerme su hija?

Horn, harto, bosteza.

HORN: Sí. Ahí es...

LUCIEN (*hablando alto*): Entonces hay que hablar bajo para no despertarla.

HORN (*harto*): Sí.

Lucien vuelve hacia la mesa y le sirve champán. Él también se sirve y se lo bebe de un trago. Se sienta.

LUCIEN: Oiga, Albert, su hija es muy guapa.

Horn no contesta. Parece agotado y postrado.

LUCIEN: Pero ¿por qué se pelean?

Horn se encoge de hombros.

HORN: France y yo nos llevamos muy bien.

LUCIEN: No quería decirlo delante de ella..., pero... el otro día me cargué a un individuo... (*Hace que apunta con un revólver.*) Paf...

Horn no reacciona. Lucien se inclina hacia él.

LUCIEN: ¿Sabe, Albert?... No hay que creer siempre al señor Jean-Bernard... Eso que cuenta de España no es verdad... (*Una pausa.*) Lo que quiere es su dinero, Albert...

HORN: ¿Cree que no lo sé?

24

Una cañada estrecha y honda que cierra un acantilado abrupto. Reina un gran silencio aletargado.

De repente, se oye una ráfaga de metralleta, luego otra; después una serie de ráfagas y de detonaciones de diferentes registros.

Unos veinte milicianos suben al asalto del acantilado, en el que, a media altura, hay una cueva.

Unos maquis de la Resistencia tienen un fusil ametrallador en batería delante de la cueva.

Entre los milicianos están Tonin, Aubert, Hippolyte y Lucien. Este ve aparecer un conejo a pocos metros de él. Dispara con la metralleta y no le acierta. Oye, cerca, una ráfaga de fusil ametrallador y un alarido.

HIPPOLYTE (*vociferando*): ¡El jefe..., el jefe! ¡Han herido al jefe!

Lucien se vuelve. Tonin está medio caído. Se aprieta el hombro derecho.

TONIN (*haciendo muecas*): ¡Maldita sea! Qué mala suerte tengo...

Hippolyte lo incorpora con la ayuda de Lucien, sujetándolo por la axila izquierda. Bajan la cuesta, sosteniendo a Tonin. Se reúnen con Aubert algo más abajo.

AUBERT (*muy alarmado*): ¿Te duele mucho, Pierrot?

TONIN: Espero que no sea el pulmón...

AUBERT: ¡No te preocupes, Pierrot!

TONIN: ¿No tenéis nada de beber?

Aubert saca del bolsillo una petaca y se la alarga. Tonin toma un sorbo largo. Lucien va detrás con la metralleta.

AUBERT (*a Tonin*): ¡Te lo dije! Deberíamos haberlo dejado a cargo de los milicianos...

HIPPOLYTE: ¡Ánimo, jefe!

25

Es de noche. Un Citroën se detiene delante de la casa donde vive Horn. Baja Lucien con una maleta pequeña en una mano y la metralleta en la otra.

LUCIEN (*con voz achispada*): ¡Adiós!

VOZ DE AUBERT: Buena suerte...

El Citroën arranca. Lucien entra en la casa.

Cuando llega delante de la puerta de Horn, llama sin parar, con timbrazos

muy largos. Se abre la puerta. Aparece Horn con un pijama de seda.

HORN: ¿Qué quiere?

Lucien apunta con la ametralladora, con una sola mano, y dice: «Ra ta ta», imitando el ruido de una ráfaga. Luego, entra en la habitación, deja la maleta encima de la mesa y se vuelve hacia Horn.

LUCIEN: Han acabado con mi jefe.

HORN: ¿Cómo?

LUCIEN (*amenazador*): ¡Sus amigos han herido a mi jefe!

HORN: ¿Qué amigos?

LUCIEN: Los bolcheviques... (*Cambia de pronto de tema:*) ¿Podría... podría ver a France?

Horn se queda quieto, sin contestar. Lucien va hacia la habitación del fondo y entra. Se queda mirando un momento a France dormida. Sigue con la metralleta en la mano. France abre los ojos y lo mira. Lucien vuelve a la mesa y abre la maleta. Hay en ella billetes de banco, cubiertos de plata, objetos variopintos y una botella de coñac.

LUCIEN: Ya ve, Albert... Botín de guerra.

Coge un reloj de bolsillo de oro por la leontina, estira el brazo y se lo mete en el bolsillo del pijama a Horn. Este no se inmuta. Lucien lo mira con ojos vacuos donde hay algo parecido a la tristeza.

LUCIEN (*susurra*): France...

HORN: Debería irse a acostar...

Vuelve a cerrar la maleta y se la alarga a Lucien. Este se lleva los dedos a la sien en un ridículo saludo militar.

LUCIEN (*retrocediendo*): France... Viva Francia, Albert... ¡Viva Francia!

Una calle desierta, Lucien anda torpemente con la maleta en una mano y la

metralleta en la otra. Da una gran impresión de soledad.

26

Es de noche. Lucien cruza el jardincillo de casa de los Horn. Lleva un traje nuevo, en esta ocasión con un pantalón tradicional. Y, en la mano, un ramo de flores.

La madre de Horn le abre la puerta a Lucien. Este le alarga el ramo de flores.

LUCIEN: Es para usted...

La madre de Horn no reacciona y Lucien se queda por un momento sin saber qué hacer con el ramo. Entra en la habitación grande. No hay nadie, pero, a la derecha, llega la música de un piano por la puerta entreabierta.

Lucien va hacia la puerta y entra en la otra habitación. France está tocando el piano. Detrás de ella, sentado en una silla, Horn la escucha, ensimismado, con dos dedos en la sien. Cuando entra Lucien, gira un poco la cabeza, pero recobra en el acto la actitud atenta. France sigue tocando. Lucien se queda de pie, escuchando, con el ramo de flores en la mano. France interpreta el final del *adagio* de la sonata *Claro de luna* de Beethoven. Cuando acaba, Horn se vuelve hacia Lucien...

HORN: Qué música tan triste, ¿verdad?

Lucien no sabe qué hacer con el ramo de flores.

LUCIEN: Sí.

HORN: Bueno, pues me parece que siempre he desfilado al son de esa música...

France le pone una mano en el brazo.

FRANCE (*cariñosamente*): No empieces otra vez, papá... (A Lucien:)
Hola.

LUCIEN (*incómodo*): Hola...

Horn se pone de pie trabajosamente.

HORN: France es una pianista muy buena... Debería haber estudiado en el conservatorio... (*Suspira.*) Y luego...

FRANCE: ¡Por favor, papá!

Lucien, de repente, le alarga el ramo de flores a Horn.

LUCIEN: Le... le he traído flores...

Horn, extrañado, coge las flores.

LUCIEN (*serio y envarado*): Señor Horn, vengo a buscar a su hija...

HORN (*con las flores en la mano*): ¿Qué?

LUCIEN (*sonríe*): Jean-Bernard y Betty se van mañana por la mañana... Es su velada de despedida... Me gustaría llevar a France.

HORN: ¿Está usted loco?

LUCIEN (*amenazador*): No tan loco, señor Horn.

HORN: France está muy cansada.

Lucien le pone la mano en el hombro a France, sin dejar de mirar a Horn.

LUCIEN: ¡Si no viene, al que me llevo a casa de mis amigos es a usted!

Un instante de silencio. Lucien se sienta en el teclado del piano. Cacofonía de notas.

LUCIEN: ¡Y hay a quienes no les gustan mucho los judíos, señor Horn!

France se pone de pie, encogiéndose de hombros.

FRANCE: Iré...

Horn le agarra el brazo, esforzándose en mostrarse autoritario.

HORN: ¡Te prohíbo que vayas!

France le da un beso en la frente.

FRANCE: Venga, papá...

LUCIEN: ¡Y dese prisa! Vamos a llegar tarde...

France sale de la habitación.

Horn y Lucien se quedan solos. Horn sigue con las flores en la mano. Parece destrozado. Lucien vuelve a sentarse en el teclado. Ruido cacofónico.

27

En el bar del Hôtel des Grottes, ya entrada la noche, todo el mundo está bailando. Lucien está sentado solo a una mesa. Betty, que estaba bailando, se dirige a la mesa. Intenta llevarse a Lucien tirándole del brazo.

BETTY: ¡Venga a bailar, Lucien!

Lucien se resiste.

LUCIEN: Es que no sé.

BETTY (*chasqueada*): ¡Pues hay que aprender, Lucien!

Vuelve a la pista con un revoloteo de faldas. Baila sola.

Jean-Bernard vuelve con France y se sienta, secándose la frente. France le alarga la copa a Jean-Bernard y este se la llena de champán.

FRANCE: Tengo calor.

Y se bebe el champán de un trago.

LUCIEN (*muy seco*): Es tarde... Tengo que llevarla a casa.

France lo mira sonriendo a medias.

FRANCE: Qué raro es usted, Lucien...

Aubert se acerca con paso no muy firme y se inclina ante France.

AUBERT (*muy fino*): Parece que se está aburriendo... ¿Me concede este baile?

France, tras mirar a Lucien, se levanta y lo sigue. Empiezan a bailar. France baila muy bien.

Jean-Bernard y Lucien, sentados juntos, los miran.

JEAN-BERNARD (*soñador*): Qué guapa es esa chica...

Se vuelve hacia Lucien.

JEAN-BERNARD: Despídeme del bueno de Horn... En cuanto a lo de España... (*Se ríe.*) Le dices que soy yo quien se va, en vez de irse él... (*Suspira.*) Si supieras lo que me fastidia...

Lucien no está atendiendo. Sigue mirando a France. Aubert, mientras baila, le habla al oído y ella escucha, sonriente.

En la mesa, Jean-Bernard y Lucien miran cómo bailan.

JEAN-BERNARD (*soñador*): Hay judías tan guapas... Las demás mujeres, a su lado, parecen yeguas... (*Se vuelve hacia Lucien:*) Sí, chico, yeguas... Tuve una novia judía hace tiempo... Con muy buen tipo y muy rica...

Betty vuelve y se sienta, agotada.

BETTY: ¿Qué le estás contando, Jean-By?

JEAN-BERNARD (*harto*): Nada, cariño, nada.

Lucien mira la pista de baile. Aubert, ahora, tiene muy abrazada a France y le pone una mano en las nalgas. Intenta besarla. Lucien se levanta, se acerca a France, le agarra el brazo y tira de ella con fuerza. Aubert lo mira. Hay un momento de tensión: podría temerse una pelea y se hace un silencio en el local. Pero Aubert, dando tumbos, se echa a reír y le da una palmada cariñosa

a Lucien. Lucien, tirando de France, cruza el bar y se encamina hacia la puerta de entrada. La lleva cogida del brazo y anda deprisa. France tropieza y Lucien tiene que sujetarla.

FRANCE: ¡Me ha roto el zapato!

Se sienta en el primer peldaño de las escaleras, con el zapato en la mano. Las escaleras de entrada están en penumbra. Un auxiliar dormita, repantigado en una silla y con la metralleta entre las rodillas. France mira el zapato y se masajea el tobillo, mientras mira a Lucien con sonrisa soñadora.

FRANCE: ¿Le puedo tutear, Lucien?

Lucien no contesta.

El danés de Betty viene a olisquear a Lucien y a France con aspecto melancólico. France lo acaricia.

LUCIEN (*irritado*): Ha bebido demasiado... Tengo que llevarla a casa...

Cambia el peso de un pie a otro, con expresión de estar harto. Ella lo mira.

FRANCE: Es una lástima que no sepas bailar... (*Se pone de pie.*) Voy a enseñarte.

Se quita el otro zapato y lo obliga a dar pasos de baile con la música que llega desde el bar. Lucien se deja llevar por unos momentos, muy tieso.

FRANCE: Relájate... ¿Ves qué fácil?...

Lucien ve a Marie, que sale del bar y se les pone delante. Deja de bailar.

MARIE (*a media voz*): Ya me lo imaginaba... Bien me has engañado...

Lucien da un paso hacia ella.

MARIE (*con voz sibilante*): ¡Sinvergüenza! ¡Pedazo de sinvergüenza!

Quiere darle una bofetada, pero él le agarra el brazo. Marie se suelta con violencia.

MARIE (*señalando a France*): ¡Aubert me ha dicho que es hija de un judío!... No tiene derecho a venir aquí...

Da un paso hacia France.

MARIE: ¡Cochina judía!

France retrocede, mirando fijamente a Marie.

MARIE: ¡Cochina judía!

Lucien agarra a Marie del brazo para llevarla de nuevo al bar. Marie se vuelve hacia él. Tiene la voz cada vez más estridente. El auxiliar se ha incorporado y aparecen unas cuantas personas a la puerta del bar; entre ellas está Jean-Bernard.

MARIE: ¡Así que te acuestas con una judía!... ¡Y tú te crees que se va a quedar así la cosa! Voy a ir a buscar a los cabezas cuadradas... ¡Ahora mismo!

Jean-Bernard se acerca a Marie con una sonrisa. La coge por la cintura.

JEAN-BERNARD: Tranquilícese, Marie, guapa... No pasa nada...

Se la lleva hacia el bar. Marie se resiste y vocifera, volviéndose hacia Lucien:

MARIE: ¡Cochina judía!... ¡Todas están sifilíticas perdidas!... ¿Te enteras?... ¡Te va a pegar la sífilis!

Lucien, impasible, oye alejarse la voz de Marie.

MARIE (*voz en off*): ¡Soltadme!... Quiero decirle algo a esa guarra... No tiene derecho a venir aquí... Os digo que me soltéis...

Lucien se vuelve, buscando a France con la vista. Ha desaparecido. El auxiliar, que sigue sentado, le indica las escaleras con la metralleta. Lucien sube los peldaños de cuatro en cuatro.

28

Al llegar al descansillo del primer piso, Lucien mira el pasillo. Está vacío, pero la puerta del cuarto de baño que usan para los interrogatorios está entornada. Lucien entra en la habitación y ve a France arrodillada, pegada a la bañera, con la cabeza por encima del borde, como si estuviera vomitando. Los sollozos le estremecen el cuerpo. Parece que se estuviera ahogando y jadea. Lucien se sienta en el borde de la bañera, sin saber qué hacer, y luego se arrodilla a su lado. France lo mira. Tiene la cara llena de lágrimas. Se aferra a él y le esconde la cabeza en el hombro. Le dan sacudidas. Lucien, apurado, le acaricia el pelo.

LUCIEN (*por decir algo*): No lo entiendo... Marie suele ser muy cariñosa...

France alza la cabeza y lo mira con intensidad.

FRANCE (*como si fuera una niña*): Lucien..., estoy harta... Estoy harta de ser judía...

France le rodea a Lucien el cuello con los brazos. Se arrima a él desesperadamente, como una náufraga. Le da besos en el cuello, en las mejillas, en los labios con algo parecido a una vehemencia desesperada.

29

Madrugada.

France duerme desnuda, en postura fetal, en el sofá. Lucien, sentado en el suelo a su lado, la mira y le acaricia con suavidad la espalda y las nalgas,

como quien acaricia a un animal. Le llegan desde fuera ruido de puertas de coche y la risa de Betty. Se pone de pie y mira por la ventana.

Ve a Jean-Bernard y a Betty subiendo al Delahaye. Aubert, muy borracho, con un vaso en la mano, da un beso a Betty por la ventanilla. El Delahaye arranca. Betty dice adiós con la mano. Aubert alza el vaso.

BETTY: ¡Os mandaremos postales!

Lucien vuelve junto a France, que se ha despertado y está sentada con las rodillas dobladas contra el pecho. Se sienta a su lado, la coge por el cuello y la recuesta contra él. Ella lo mira.

FRANCE: Lucien... *(Una pausa.)* Lucien... Mi padre tendría que llegar a España...

Se acurruca contra él, como una niña.

30

Es por la tarde. Dos Citroën negros van a mucha velocidad por una carretera nacional. Al volante de uno, Aubert conduce, tenso y crispado. A su lado se sienta Lucien, con la metralleta en las rodillas. Al salir de una curva, se topan con el Delahaye de Jean-Bernard cruzado a la orilla de la carretera, con las puertas abiertas. Bajan y se encuentran, sucesivamente, tendidos en la cuneta y a pocos metros uno de otro, a Jean-Bernard y a Betty. Los han ametrallado a los dos.

El danés, algo más allá, está herido en el vientre y jadea. Lucien y los miembros de la Gestapo miran sin decir nada.

31

En casa de los Horn, por la tarde. Se oyen de forma intermitente, procedentes de la habitación contigua, notas de piano, fragmentos de frases musicales, que se interrumpen. En el pasillo, la abuela está atareada ante el

infiernillo. Horn, sentado delante de la mesa, está poniéndole botones a un chaleco. Está en pijama. Lucien se acerca a Horn. Mira cómo cose.

LUCIEN: Qué raro resulta que sepa usted coser, señor Horn...

Horn no contesta.

LUCIEN (*sin segundas intenciones*): Normalmente, las que cosen son las mujeres, ¿no?... (*Una pausa.*) ¿No quiere usted hablarme?

No hay respuesta. Lucien va hacia la puerta de la habitación donde está el piano. Ve a France de espaldas, sentada al piano: toca unas cuantas notas, se da la vuelta, lo mira con expresión ausente y sigue tocando. Lucien vuelve a la habitación principal. Horn se ha puesto de pie y va a cerrar la puerta de comunicación, como si quisiera aislar a France. Luego se pone el chaleco encima del pijama y se mira en el espejo.

Lucien vuelve a abrir la puerta de comunicación y se vuelve hacia Horn.

LUCIEN: Y ¿qué diría usted si me casara con France?

Horn se queda quieto. Se vuelve despacio hacia Lucien y lo mira de arriba abajo.

HORN (*pensativo*): Qué curioso resulta que no consiga aborrecerlo a usted del todo...

Llaman a la puerta.

Horn va a abrir. El martiniqués aparece en el hueco de la puerta y tras él viene una mujer vestida con la ropa de los domingos: la madre de Lucien.

HIPPOLYTE (*a Horn*): Una visita para el señor Lacombe...

Da la impresión de que Horn no se entera.

HIPPOLYTE (*señalando a Thérèse*): Es la madre de Lucien.

Entran. Lucien se ha acercado.

THÉRÈSE (*incómoda*): Lucien...

LUCIEN: Hola.

Horn los mira, extrañado.

HIPPOLYTE (*a Lucien*): Tu madre ha venido al hotel a preguntar por ti...

La he traído... Me ha parecido que hacía bien...

Un silencio. Lucien mira a su madre.

HIPPOLYTE (*volviéndose hacia Thérèse y Horn*): Adiós, señores.

Cierra la puerta al salir.

THÉRÈSE (*incómoda*): Es un señor muy amable...

HORN (*hace un gesto con la mano*): Pase usted...

La invita a sentarse en el sofá. Él se sienta enfrente, en una silla. Lucien se sienta también, no está a gusto. El piano vuelve a sonar en la habitación contigua. Horn se vuelve hacia su madre, que está al fondo de la habitación, y le dice una frase larga en alemán. Thérèse y Lucien cruzan una mirada.

HORN (*a Thérèse*): Usted disculpará que la reciba así, señora... (*Se pasa la mano por el chaleco.*) ¿Viene de lejos?

THÉRÈSE (*tímida*): De Souleillac.

LUCIEN (*seco, a Horn*): Es el pueblo del que somos.

Se acerca la anciana. Lleva una bandeja. Le alargaba una taza de té a Thérèse y, luego, otra a Horn.

HORN (*a su madre, señalando a Thérèse*): Das ist die Mutter von Lucien...

La anciana hace una mueca rara e inclina levemente la cabeza.

THÉRÈSE (*impresionada*): ¿Qué tal, señora?

La anciana vuelve a la cocina sin decir palabra. Lucien, nervioso, enciende un cigarrillo. Thérèse parece no saber qué hacer con la taza de té.

THÉRÈSE (*a Lucien*): He venido del pueblo con Laborit..., por la feria...

LUCIEN: ¡Ah!

THÉRÈSE (*muy seria*): Ahora ya no puedes volver al pueblo.

Lucien se encoge de hombros.

LUCIEN (*a su madre*): ¿Te llegaron los giros?

THÉRÈSE: Sí.

Se agacha y abre la bolsa grande que trae.

THÉRÈSE: Toma, te he traído una gallina...

LUCIEN (*coge la gallina*): Gracias...

THÉRÈSE: ¿Comes bien?

LUCIEN (*avergonzado*): Sí.

No sabe qué hacer con la gallina. Se la lleva a la señora Horn, que está al fondo.

Mientras tanto, Horn los ha estado mirando, callado y serio. El piano ha dejado de sonar.

France entra en la habitación. Se acerca al sofá. Horn se levanta. Señala a Thérèse.

HORN: Es la madre de Lucien...

France le tiende la mano y la saluda con la cabeza.

HORN (*a Thérèse*): Mi hija...

Lucien fuma. France se sienta a su lado.

THÉRÈSE (*a Horn, con mucha amabilidad*): Qué guapa es su hija...

Horn no contesta. Una pausa violenta.

Thérèse se pone de pie.

THÉRÈSE (*a Lucien*): Había venido a darte las gracias por los giros, ¿sabes? Pero no quiero molestar...

HORN: Pero si no molesta usted, señora.

Thérèse no sabe qué hacer y se sienta otra vez. Un silencio.
Se vuelve hacia Horn.

THÉRÈSE (*a Horn*): ¿No es usted de por aquí?

HORN: No. Somos... de París... Pero se ha puesto muy difícil vivir en París...

THÉRÈSE (*sonríe*): ¿No se encuentra nada de comer? (*Una pausa.*) No es usted francés...

HORN: Así así... Mi hija sí es una francesa *de verdad*...

THÉRÈSE (*casi tranquilizada*): Ah, ya... ¿Está a gusto aquí?

HORN: Pregúnteselo.

THÉRÈSE: Lucien debería enseñarle la zona... (*Con espontaneidad:*) Solo que no puede volver al pueblo...

Hay un breve silencio embarazoso.

THÉRÈSE (*a Horn, con mucha sinceridad*): ¿Sabe usted? Lucien me tiene muy preocupada...

HORN: A mí también, señora.

THÉRÈSE: Y eso que no es mal chico... Usted que es amigo de Lucien podría hacer que entre en razón...

HORN: No soy amigo de Lucien.

Durante toda la conversación, Lucien y France han estado callados, como dos niños que presencian una conversación de adultos.

HORN (*tras una pausa*): También mi hija me tiene muy preocupado..., muy preocupado...

THÉRÈSE: ¿Ah, sí?

Thérèse mira fijamente a Horn. Se queda callada.

HORN (*triste*): Me pregunto qué diría mi mujer si estuviera aquí...

THÉRÈSE: ¿Y dónde está?

Horn no contesta. Un silencio.

HORN: ¿No le parece, señora, que estábamos mejor antes de la guerra?

32

Lucien y su madre salen por la puerta cochera de casa de los Horn. Dan unos cuantos pasos y llegan a una plazuela. Thérèse se detiene.

THÉRÈSE: Bueno...

LUCIEN: Te acompaño al coche de línea.

THÉRÈSE (*rápidamente*): No te molestes... Vale más que Laborit no te vea...

Una pausa. Thérèse titubea y acaba por decir:

THÉRÈSE: ¿Sabes qué me han mandado por tu culpa?

Se saca del bolsillo una caja de muerto en miniatura y se la alarga. Lucien la coge y le da vueltas.

LUCIEN: No pasa nada... A nosotros nos llegan todos los días...

THÉRÈSE: Van a matarte, Lucien... Laborit dicen que van a matarte...

¿Por qué no te vas de la comarca?

Lucien vacila, como si se lo pensara. Luego se encoge de hombros.

LUCIEN: Estoy bien aquí...

Una pausa.

THÉRÈSE: Bueno... Que se me va a ir el coche de línea...

Se besan con torpeza. Thérèse, de repente, parece tener prisa por irse.

LUCIEN: Espera...

Se saca un fajo de billetes del bolsillo y se lo mete en la mano. Ella mira los billetes.

THÉRÈSE (*apurada*): Gracias.

Se marcha. La plaza está casi desierta. Lucien la mira alejarse, inmóvil. Ella se vuelve una vez y le sonrío.

33

Es de noche. Lucien, Horn y France están sentados a la mesa, en la habitación principal. Lucien y France están juntos y Horn enfrente. La madre de Horn trae una fuente y va luego a sentarse, como suele, al fondo de la habitación, ante la mesa de bridge. Lucien come con apetito. Horn, pensativo, fuma un cigarrillo. Usa boquilla. No tira la ceniza, sino que la deja con cuidado en el cenicero.

FRANCE: Deberías comer, papá.

HORN (*sin alzar la voz*): Uno no puede tener apetito cuando su hija es una puta...

Se levanta y va a hablar con su madre, muy seco, en alemán, como si quisiera pagar con ella su enfado. Ella le contesta con la misma hosquedad. Lucien y France escuchan las voces destempladas de Horn y de su madre.

Lucien aprovecha una pausa para levantar la voz.

LUCIEN: No está nada bien lo que le ha dicho usted a France, señor Horn...

Horn se le acerca mucho, como si fuera a pegarle. Lo mira desde arriba, Lucien echa hacia atrás la silla y lo mira sonriendo.

LUCIEN: A mí me parece una grosería, señor Horn, que llame puta a su hija... Se merecería usted una buena paliza...

HORN (*mirándolo de arriba abajo*): Mucho antes de conocerlo a usted, señor mío, ya sabía yo lo que vale mi hija... Y, de entrada, mi hija y yo nos parecemos... Somos personas muy frágiles...

Vuelve a sentarse, como si estuviera agotado. France le coge la mano y le habla como a un niño.

FRANCE: Papá...

Horn, con la cabeza gacha, no contesta.

France rompe a llorar, con la frente apoyada en la mesa. Horn le acaricia el pelo.

HORN: Perdóname, querida mía...

Lucien, torpemente, le pone una mano en el hombro a France. Ella se la aparta.

FRANCE (*con violencia*): Déjame...

Lucien se encoge de hombros, se levanta y va hacia el pasillo. Anda arrastrando los pies. Se detiene un momento ante la madre de Horn, que hace un solitario sentada a la mesa de bridge. Entra en la habitación del fondo. El batín de Horn está tirado encima de la cama. Se desnuda, silbando entre dientes, se pone el batín y, luego, regresa al pasillo. Se sienta a la mesa de bridge, enfrente de la madre de Horn, con cara de aburrimiento. Intenta que la anciana lo mire, pero esta no le hace el menor caso. Sigue con el solitario. Lucien coloca las palmas de las manos en la mesa, apoya en ellas la barbilla y mira a la anciana de soslayo.

Mientras tanto, al fondo, Horn y su hija siguen charlando a media voz. No se oye lo que dicen, salvo en un momento dado, cuando Horn, irritado, alza el tono.

HORN: ¡España, España! España no existe...

FRANCE (*autoritaria*): Venga, papá, sé razonable...

Lucien se les acerca, coge una manzana de la mesa y le saca brillo frotándola en el batín.

LUCIEN (*de pie, a Horn*): ¿Se siente mejor?

HORN (*inquieto*): Sí, sí...

Lucien, de pie detrás de France, le ha puesto una mano en el hombro. Se inclina hacia Horn.

LUCIEN (*con sinceridad*): ¿Sabe, señor Horn? Le tengo mucho aprecio...

HORN (*distráido*): ¿De verdad?

France mira a Lucien como si les estuviera estorbando. Le aparta la mano de su hombro, se inclina hacia su padre y vuelve a hablarle en voz baja.

FRANCE (*en voz muy baja*): No debes decir esas cosas, papá...

Lucien, a quien nadie hace caso, da un golpe en la mesa de repente.

LUCIEN: Yo me voy a la cama...

Le da palmaditas a Horn en el hombro.

LUCIEN: Buenas noches, señores...

Va hacia el pasillo, mientras los otros dos siguen charlando en voz baja.

Por la mañana, en la cocina. Lucien, delante del infiernillo, se está poniendo leche en un tazón grande. La madre de Horn está sentada a la mesa. Lucien se acerca, con un terrón de azúcar entre el pulgar y el índice, como si lo cogiera con pinzas, y lo echa en el tazón de la abuela. Esta no se da por enterada. Lucien va a la habitación principal en el preciso momento en que

entra Horn, que llega de la calle. Horn se quita el sombrero. Viste un terno impecable y lleva corbata. Va afeitado y peinado. Lucien se le acerca.

LUCIEN (*extrañado*): ¿Ha salido?

HORN: Sí... He ido a dar una vueltecita... Hacía mucho que no pisaba la calle... (*Con ironía gélida:*) Estoy saliendo a flote...

Se sienta en el sofá. Lucien lo mira.

HORN: France me ha dicho que podía usted hacernos entrar en España.

LUCIEN (*asombrado*): ¿Yo?

HORN: Sí. (*Una pausa. Como si ya no se acordase de lo dicho.*) Mire, Lucien, me gustaría hablar con usted de hombre a hombre... No hemos charlado nunca...

Lucien se ha sentado para atarse los cordones de los zapatos.

LUCIEN: ¿Charlar de qué?

HORN: De France.

LUCIEN (*levantándose*): No me da tiempo, señor Horn... Tengo mi trabajo...

Se mira el reloj.

35

A última hora de la tarde, dos Citroën cubiertos de barro se detienen ante las escaleras de la fachada del Hôtel des Grottes. De uno de los coches se bajan Lucien y Aubert con dos auxiliares. Faure se baja del otro. En la parte trasera de ese coche va el cadáver desfigurado de un hombre, de paisano, y a los auxiliares les cuesta sacarlo por la puerta. Aubert y Lucien se quedan un momento mirando la escena.

AUBERT: Le han dado a base de bien... (*A Lucien:*) Estoy reventado... Voy a meterme en la ducha.

Sube las escaleras.

36

Lucien ve, desde el vestíbulo, a un hombre en el bar, de espaldas y sentado en uno de los taburetes. Lleva sombrero. Detrás de la barra está Hippolyte, el martiniqués. Lucien entra en el bar. Hippolyte le sonrío y le hace una seña.

HIPPOLYTE: ¡Eh, Lucien! Este señor quiere hablar contigo...

El hombre se vuelve despacio hacia Lucien: es Horn.

LUCIEN (*pasmado*): ¿Qué coño hace usted aquí?

HORN: Le estaba esperando. Charlaba con este amigo suyo... Un chico muy agradable.

En la barra hay dos vasos, el de Horn y el de Hippolyte.

HIPPOLYTE (*guiñándole un ojo a Horn*): ¿Otro Porto Flip, caballero?

Lucien se acerca a Horn.

LUCIEN: ¿Está usted loco?

HORN: He venido para hablar con usted tranquilamente... Las cosas no pueden seguir así.

Lucien lo agarra por las solapas del gabán y lo zarandea.

LUCIEN: ¡Es que no puede evitarlo! ¡Tiene a la fuerza que portarse como un imbécil!

Hippolyte los mira con los ojos muy abiertos.

LUCIEN: ¡Venga! ¡Vamos! ¡Le voy a llevar a casa!...

Lo empuja hacia la puerta de entrada donde se dan de bruces con Faure,

que viene de la calle.

FAURE (*a Lucien, señalando a Horn*): ¿Y este quién es?

LUCIEN (*muy seco*): Un amigo...

Horn se quita el sombrero como si se presentase en un salón.

HORN: Albert Horn, caballero.

FAURE (*haciendo memoria*): Horn... (*Una pausa.*) Pero... pero ¡si es el judío!

Se vuelve hacia Lucien.

FAURE: ¿Así que ahora traes judíos al bar del hotel?

HORN (*a Faure*): Tiene que disculparlo... Es joven, ya sabe...

FAURE (*a Horn*): ¡Usted, a mi despacho!

37

Entran en el despacho. Faure se sienta en el sitio de Lucienne. Horn está ante él, muy erguido. Se ha vuelto a poner el sombrero. Lucien se ha quedado algo más atrás.

FAURE (*con algo parecido al regodeo*): ¡A ver la documentación!

Horn le entrega un carnet de identidad.

FAURE (*empalagoso*): ¿Qué tenemos aquí...? Jean-François Rivière, nacido el 30 de julio de 1892 en París, distrito nueve... Fue Des Voisins quien le dio esto, ¿verdad?

HORN: Efectivamente.

Faure rompe en pedacitos el carnet de identidad.

FAURE: Yo quiero ver un carnet de identidad en que figure la mención JUDÍO.

HORN (*muy tranquilo*): Solo tengo una tarjeta de visita, caballero.

Saca del bolsillo interior una tarjeta de visita que deja con cuidado encima del escritorio. Faure coge la tarjeta y se pone a escribir a máquina.

FAURE (*mientras escribe*): Apellido:

HORN... Nombre: Albert. ¿Nacido en...?

HORN: Szakestahervar...

FAURE: ¿Qué?

HORN: Nada, nada, ponga... Toulouse...

FAURE (*escribe*): ¿Domicilio?

HORN: Calle de Pierre-I^{er} de Serbie, número 52. París, distrito ocho.

Faure sigue tecleando.

FAURE: ¿Nacionalidad?

HORN: Francesa.

FAURE (*sonriendo*): ¿Nunca le han dicho que un maldito judío no podía ser francés?

HORN: A veces.

Faure se echa hacia atrás en la silla.

FAURE: Para mí un judío es como una rata, ni más ni menos.

HORN (*preocupado*): ¿Usted cree?

FAURE: Sí... (*con un ademán.*) Una plaga... (*Con mirada soñadora:*)
Cada vez hay más...

HORN: Puedo irme...

FAURE: ¡Quédate donde estás! ¡Voy a llamar a la Kommandantur! ¡Ya se lo explicarás a ellos...!

HORN (*extrañado*): Pero ¿por qué me tutea?

Faure ha descolgado el teléfono.

FAURE: Oiga... Póngame con el comandante Müller... Oiga...

Está claro que al otro lado del teléfono no hablan francés. Faure intenta decirlo en alemán. Tiene un acento espantoso.

Lucien se acerca a Horn.

LUCIEN: Señor Horn...

Horn lo mira.

HORN: No nos ha dado tiempo a hablar de France... Estaba dormida cuando salí... (*Una pausa.*) Lo que quería decirle, Lucien...

No acaba la frase.

Mientras tanto, Faure ha conseguido que se ponga su interlocutor.

FAURE (*haciendo gala de ingenio*): ¿Oiga?... Figúrese, mi querido amigo, que tengo un judío en mi despacho...

38

Lucien se dirige a casa de los Horn. Está muy nervioso y mira hacia atrás en varias ocasiones: en la calle hay muy poca animación y le da la impresión de que lo sigue un hombre. En el silencio del mediodía, se oye un boletín de noticias de la radio y retazos de música. Se detiene en una puerta cochera y espera con el revólver en la mano.

Pasa por delante de él un hombre, que titubea; se le cruza la mirada con la de Lucien. Este se le echa encima y le palpa los bolsillos de la chaqueta. El hombre parece estupefacto. Lucien se queda un momento mirándolo; luego se encoge de hombros y lo empuja con la mano, diciendo: «Circule», como si fuera un policía.

En las escaleras de caracol, delante de la puerta del piso de los Horn. Lucien llama varias veces. La señora Horn abre la puerta, ve a Lucien y vuelve a cerrar en el acto. Lucien aporrea la puerta gritando cada vez más alto.

LUCIEN: ¡Ábrame! ¡Ábrame, maldita sea!

La hoja de la puerta es resistente. Lucien, loco de rabia, saca la pistola y se dispone a descerrarle un tiro a la cerradura cuando la puerta vuelve a abrirse, como si la anciana hubiera visto su gesto. Lucien, desconcertado, se queda plantado delante de ella con la pistola en la mano.

LUCIEN: ¡Vieja bruja! ¿Dónde está France?

La señora Horn le da la espalda sin contestarle. Lucien entra, recorre el pasillo y va directamente a la puerta del fondo. France está sentada en la cama. Mira entrar a Lucien sin decir palabra. Él se sienta en la cama a su lado, pero ella se endereza, se levanta y va a la ventana.

LUCIEN (*a media voz*): Se lo han llevado... No sé adónde... Él se lo ha buscado... No he podido hacer nada...

FRANCE (*con mucha violencia*): ¡Cállate!

Lucien se le acerca. Ella se le echa encima y le da bofetadas y puñetazos. Está fuera de sí. Lucien se enfada y empieza a pegarle en serio, a puñetazos. France se protege con las manos.

Un rato después, la abuela entorna la puerta sin hacer ruido. Ve a Lucien poniéndose la camisa. France, casi desnuda, está echada en la cama de cara a la pared. Lucien, al ver a la anciana, se acerca y le cierra la puerta en las narices.

Se queda un momento parado delante de France. Luego saca de debajo de un mueble su maleta vieja de cartón y reúne sus camisas y sus calcetines, que coge de una cómoda. Le cuesta cerrar la maleta.

Sale al pasillo sin mirar a France y va por la maquinilla de afeitar, la brocha y el jabón, que se mete en un bolsillo.

A pie firme delante de la abuela le mete en la mano un fajo de billetes. Sale.

En el bar del Hôtel des Grottes hay mucha menos luz que de costumbre. Las inmediaciones de la barra están en penumbra. El martiniqués está detrás

de la barra y Aubert y Lucien, sentados en los taburetes. La luz turbia y el local desierto dan una impresión de desolación crepuscular. Aubert está medio borracho y arrastra las palabras.

AUBERT: Si no hubiera sido por aquella caída de bicicleta habría corrido la Vuelta a Francia... No me daba miedo ni siquiera un campeón como Bartali...

Hippolyte lo escucha atentamente, como si estuviera recopilando esas palabras casi inaudibles. Lucien parece aburrido.

AUBERT: A los italianos se les da muy bien la bicicleta, pero a mí nunca me han dado miedo...

En ese momento aparecen en la entrada Faure y dos SS que van empujando a un oficial francés con uniforme del ejército de Vichy. El hombre, esposado, se las da de digno y despectivo con mucha altivez.

EL OFICIAL (*a los alemanes*): Les repito que soy un oficial francés. Combato por mi país. Exijo que se me trate según las leyes de guerra...

FAURE: Sí, claro, claro...

Lo empuja hacia las escaleras.

EL OFICIAL (*voz en off*): ¡Ándese con cuidado! ¡Muy pronto tendrán que rendir cuentas!

FAURE: ¿Te vas a callar?

EL OFICIAL: Soy un militar como usted. ¡Deme un trato de soldado!

Los dos alemanes lo agarran por debajo de los brazos y lo obligan a subir las escaleras. El hombre sigue protestando.

Mientras tanto, Aubert continúa charlando con Hippolyte como si no pasara nada.

AUBERT: ¿Quieres que te diga qué tíos me habrían metido el miedo en el

cuerpo?... ¡LOS FLAMENCOS!... *(Una pausa.)* ¿Nunca has visto correr a Sylvère Maes?

Lucien escucha distraído.

AUBERT: Fíjate, aquella caída mía de bicicleta, pues estoy seguro de que me manipularon el manillar...

HIPPOLYTE *(preocupado)*: ¿Lo cree en serio?

AUBERT: Aquel año lo estaba ganando todo...

HIPPOLYTE *(indignado)*: Le tenían envidia, señor Aubert...

Aubert endereza el torso. Mira a Hippolyte con sonrisa extática.

AUBERT: No te puedes ni imaginar lo que es la bicicleta... *(Una pausa.)*
Cuando gané el critérium, en el año 35, mi madre creía que me iba a hacer famoso.

Aubert apoya la frente en los brazos cruzados, como si llorase.

HIPPOLYTE *(con voz suave)*: ¡Venga, señor Aubert!

Aubert no se mueve. Lucien lo mira, casi indiferente.

Hippolyte coge un disco de una estantería que hay detrás de la barra.

HIPPOLYTE *(a Lucien)*: Es su canción favorita...

Pone el disco en el gramófono, se vuelve hacia Lucien y se lleva un dedo a los labios. Aubert no se mueve. Suena «Fleur d'ennui» de Django Reinhardt. Lucien está inmóvil. El ambiente y la música dan una sensación de desolación y melancolía.

Desde el primer piso llegan los gritos del hombre al que están torturando. Aubert alza la cabeza.

AUBERT *(a Hippolyte)*: Mira, tengo treinta y seis años... Pues si ahora mismo me pidieran que eligiese entre las mujeres y las bicicletas, creo que me quedaría con las bicicletas...

Hippolyte entretanto le llena el vaso a Aubert, que se pone de codos lánguidamente en la barra y bebe un sorbo.

Esa misma noche, más tarde. Está encendida la lámpara colocada en la barra. Suena otra canción en el gramófono. Aubert sigue en el mismo sitio, con la cabeza entre las manos. Lucien bebe en la barra. Bosteza ruidosamente. Faure baja las escaleras con los dos alemanes y entra en el bar.

FAURE (*a Lucien*): Sube a vigilar al tipo ese... Yo estoy en el despacho con estos señores...

Aubert alza la cabeza. Mira a Faure con ojos rebosantes de cansancio.

AUBERT: ¿Todavía le quedan fuerzas para trabajar?

FAURE (*agresivo*): ¡Más que nunca!

Se reúne con los alemanes en el vestíbulo y entran en el despacho. Aubert apoya la barbilla en la palma de la mano con expresión atontada. Lucien apura el vaso y se levanta.

AUBERT: Ánimo, muchachito...

40

Lucien sube las escaleras. Va por el pasillo y entra en el cuarto de baño donde está el prisionero. Ese cuarto de baño no lo usan solo para los interrogatorios: hay un albornoz colgado en la pared y toallas junto al lavabo. Encima del lavabo, una repisa con vasos, cepillos de dientes, pasta de dientes, esparadrapo y vendas, mercromina y también productos de belleza, barras de labios, cremas, maquillaje, etcétera, que seguramente pertenecieron a Betty. El prisionero está sentado en la esquina izquierda del cuarto de baño, cerca del lavabo. Lo han desnudado. Lleva un albornoz de rayas de colores vivos, del estilo de un albornoz playero. Está esposado a un radiador. Se ve que ya le han dado una paliza. Tiene huellas de golpes en la cara. Es un hombre de unos cuarenta años, de rasgos enérgicos, un militar de carrera sin duda.

Cuando entra Lucien, lo mira extrañado. Lucien se sienta, pone las palmas

de las manos encima de la mesa, apoya la barbilla en las manos y mira al prisionero. Este cruce de miradas dura unos instantes. Lucien coge una botella de coñac que está en la mesa y bebe a morro.

El prisionero intenta trabar conocimiento.

EL PRISIONERO: ¿Qué edad tienes?

Lucien no contesta. Se levanta y da vueltas por la habitación.

EL PRISIONERO: ¿Qué haces aquí?

Lucien se vuelve hacia él.

LUCIEN: No me gusta que me tuteen...

Se acerca al lavabo y, maquinalmente, manosea los vasos de dientes, el tubo de pasta, los productos de maquillaje, mientras el prisionero se esfuerza en vano para que le haga caso.

EL PRISIONERO: ¿Así que trabajas para los alemanes?... ¿Tú, un muchacho francés?... ¿No te da vergüenza?...

No consigue ningún resultado y se irrita.

EL PRISIONERO: ¡No te hagas el listillo!... ¿Sabes que te vamos a fusilar?

Lucien juguetea con una polvera, la abre y la cierra (*se cierra con un chasquido: es un ruido irritante*). Mira al prisionero.

Este se anima con esa señal de interés y se vuelve amable.

EL PRISIONERO: ¡No pareces un granuja!... (*Persuasivo:*) Mira, te voy a dar una oportunidad: me quitas las esposas y te vienes conmigo... ¿Entendido?

Lucien está jugando ahora con una barra de labios, que desenrosca y enrosca para cerrarla. Luego coge un rollo de esparadrapo.

El prisionero vuelve a irritarse.

EL PRISIONERO: ¡Contéstame, caramba! Es tu última oportunidad...

Lucien no lo deja seguir: ha cortado un trozo de esparadrapo y se lo pega en la boca al prisionero.

LUCIEN: No me gusta que me tuteen...

Mira al prisionero, coge de la repisa del lavabo la barra de labios y, sujetando al prisionero por la barbilla, dibuja unos labios en el esparadrapo.

Lucien, encantado, mira el rostro del prisionero.

Se oyen en ese momento ráfagas de metrallera. Lucien saca la pistola y se abalanza hacia la ventana. Dos Citroën sin puertas están parados delante de las escaleras de la fachada. Han matado a los dos centinelas de la Gestapo que vigilaban la entrada. Unos miembros de la Resistencia, con brazaletes y metralletas, entran corriendo en el edificio.

Lucien corre hacia las escaleras. Se detiene a la mitad. En la planta baja unos cuantos miembros de la Resistencia avanzan, sin dejar de disparar, hacia el despacho donde están Faure y los alemanes. Lucien vuelve a subir a toda velocidad y se esconde en una habitación cuya puerta está enfrente de la del cuarto de baño, que se ha quedado abierta.

Lucien no se mueve. Oye cómo se alejan los coches. Baja corriendo las escaleras.

En el bar todos los cristales están rotos, el suelo está cubierto de fragmentos de vidrio. La mayor parte de las botellas de detrás de la barra están rotas; y los espejos, destrozados. Reina un profundo silencio. Aubert sigue con la cabeza apoyada en los brazos, igual que hace un rato. Tiene la espalda acribillada a balazos. Hippolyte ha caído detrás de la barra y le asoma la cabeza por la izquierda. Lucien se queda un buen rato atontado. Oye una voz que llama.

LA VOZ: ¿Oiga?... ¿Oiga?... ¿La Kommandantur?... ¿Oiga?... ¿Oiga?...
Sí... ¿Oiga?... ¿Oiga?... Póngame con la Kommandantur...

Lucien entra en el despacho. Hay un alemán muerto. Faure, herido, está apoyado en el escritorio. Aprieta en la mano febrilmente el auricular del teléfono.

Lucien, con la metralleta en la mano, baja de un coche militar alemán y entra en la casa de los Horn siguiendo a un suboficial de las SS.

Un grupo de civiles va calle abajo; los rodean unos alemanes.

El SS llama a la puerta. France abre.

EL ALEMÁN (*lee un papel*): ¿Señorita France Horn?

FRANCE: Sí.

La abuela se ha acercado.

EL ALEMÁN (*lee*): ¿Señora Bella... Horn?

La anciana no contesta.

El alemán entra en la habitación. Habla muy bien el francés.

Lucien se queda en las escaleras.

EL ALEMÁN (*práctico*): Pueden llevar una maletita o una mochila... Solo efectos personales... Ni cosas de comer, ni libros, ni dinero... Dense prisa...

FRANCE: Pero...

EL ALEMÁN (*amablemente*): Dense prisa... No son ustedes las únicas que se marchan. Me quedan aún muchas personas en la lista... Ha habido un grave atentado, ¿entienden?

Mientras habla, entra Lucien en la habitación con la metralleta en la mano y muy incómodo. France lo ve y le lanza una mirada fría.

Un rato después. El suboficial está sentado, fumando. France ayuda a su abuela a meter cosas en una bolsa pequeña. La anciana mete la caja de las infusiones, un cazo y la baraja. France tiene en la mano un maletín de cuero. Lucien pasea arriba y abajo. Pasa por delante de una mesita y se detiene. Ve el reloj de bolsillo de oro que le había regalado a Horn. Lo coge, lo mira y se lo guarda. El alemán lo ha visto. Se levanta.

EL ALEMÁN: Señor Lacombe, trabaja usted para la policía alemana... En

la policía alemana no hay ladrones... Entrégueme ese objeto.

Lucien se saca el reloj del bolsillo y se lo da de mala gana. El alemán sonríe de forma irritante.

42

El alemán baja por las escaleras. Detrás va France, que sujeta a su abuela. Esta baja trabajosamente. Lucien cierra la marcha. La abuela tropieza. France la sostiene.

Lucien, de repente, sin que nada haya permitido prever ese gesto, apunta al alemán con la metralleta y dispara. A partir de ese momento, todo sucede muy deprisa. Lucien le saca al alemán el reloj del bolsillo. Se le cruza la mirada con la de France. Sube, la agarra del brazo y quiere llevársela, pero ella se suelta.

FRANCE (*señalando a su abuela*): Me quedo con ella.

Lucien titubea; luego agarra a la señora Horn por debajo del brazo y la lleva casi en vilo escaleras abajo, sin miramientos.

43

Lucien, France y su abuela van en un Citroën. Lucien mete el coche por una calle estrecha y desierta que va a salir al campo. Conduce deprisa. France lo mira.

FRANCE: ¿Adónde vamos?

LUCIEN: No lo sé..., a España.

44

El coche está parado a la orilla de una carreterita rural. Lucien mira el motor, que echa humo. Mueve la cabeza.

Lucien, France y su abuela van andando bosque a traviesa. La abuela camina trabajosamente y France la sostiene. Lucien anda delante, con la metralleta y el equipaje. Mira hacia atrás varias veces, impaciente. La anciana, agotada, se sienta en la hierba. Lucien desanda lo andado y, con ayuda de France, pone de pie a la señora Horn. Llegan ante una casa en ruinas, en lo alto de un montículo. El lugar parece completamente abandonado.

Lucien, seguido de France y su abuela, entra en la casa. En la habitación principal, en muy mal estado, hay una mesa coja, unas cuantas sillas de enea y una chimenea. En la pared, un calendario viejo de 1933.

La abuela se sienta en una silla. Parece exhausta. Se queda quieta, como postrada. Ha dejado la bolsa en la mesa que tiene delante. France se sienta también, con la mirada ausente. Mira a su abuela, que está revisando el contenido de la bolsa.

Lucien sale de la casa. Da una vuelta por los alrededores, como para orientarse. Mira el paisaje, sobre el que cae, agobiante, el sol, el horizonte, el cielo, la fachada medio en ruinas de la casa. Luego, se acerca a un granero donde localiza una pila de leña. Carga con unos cuantos leños.

Lucien vuelve a la casa, a la habitación en la que están las dos mujeres, y deja la leña en el suelo, cerca de la chimenea. La abuela dice algo en alemán. Sigue sentada a la mesa y está contando las cartas de la baraja. Lucien mira a France.

LUCIEN: ¿Qué dice?

FRANCE: Le falta una carta...

A partir de este momento, no hay ya una secuencia cronológica, sino ratos muy largos, como si estuviéramos espionando pacientemente lo que hacen esas tres personas. No hablan, o hablan muy poco. En ese campo, con un sol agobiante, sin ninguna presencia humana, da la impresión de estar fuera del tiempo y fuera de la historia (nada alude ya a la guerra), en algo así como una eternidad en la que las actividades más básicas de la vida se repiten de forma monótona. Este final, sereno y melancólico, será como un calderón, una prolongada nota.

Lucien solo en pleno campo. Es por la mañana. Coloca una trampa de lazo. Luego da unos pasos y se echa en el suelo, en un puesto de observación. Tiene algo parecido a un saco viejo, donde mete la caza. Espera. Mira dentro del saco, saca un conejo muerto, observa el paisaje que lo rodea.

Lucien anda hacia la casa con el saco viejo.

Entra; la abuela está sentada a la mesa haciendo un solitario. France espabila el fuego, para guisar. Hay un caldero viejo cerca de la chimenea. Lucien vacía el saco con brusquedad: caen encima de la mesa tres o cuatro conejos muertos. France, que se ha dado la vuelta, lo mira espantada. La abuela deja el solitario y mira también a los conejos con los ojos muy abiertos y la mirada fija.

Un almuerzo. France y su abuela están sentadas juntas. Lucien, enfrente. Comen con las manos. Ayudándose con una navaja, Lucien corta la caza, coge los pedazos y se los alarga a France y a su abuela. No tienen platos y comen directamente encima de la mesa. En el centro hay una especie de recipiente con agua. Lo cogen por turno y beben.

Lucien y France en pleno campo. Él pasa revista a las trampas que ha colocado. Caminan juntos. En un momento dado, Lucien dispara con un tirachinas y mata a un pájaro. Coge el menudo cadáver y se acerca a France, como si quisiera metérselo por el escote. Ella grita y echa a correr. Lucien la alcanza. Se miran. France se sienta al pie de un árbol y sigue mirando a Lucien. Está sin resuello. Se tiende cuan larga es al pie del árbol. Se pone las manos en la nuca. Lucien está de pie a dos o tres metros. France mira a Lucien guiñando un poco los ojos por culpa del sol. Él se acerca. Ella estira el brazo y lo toca con timidez.

France y Lucien regresan a la casa. La anciana está de pie en la puerta. Se

la ve de lejos. Los acecha.

49

Lucien en pleno campo, una tarde de mucho sol. Se esconde subido a la rama de un árbol y observa a France, que está a unos treinta metros.

FRANCE: ¡Lucien!

France se para y mira a su alrededor.

FRANCE: ¡Lucien! ¡Lucien!

Parece cada vez más alarmada. De vez en cuando se detiene, desalentada. Luego sigue andando y llamando a Lucien. Este la observa con algo así como indiferencia, sin bajarse del árbol.

50

Después de la cena, en la habitación principal, ante la chimenea encendida, France, sentada a la mesa, lee la antología de poemas de Horn. Lucien, sentado cerca de la chimenea, revisa el contenido del maletín de Horn. Saca un fajo de billetes de banco y luego una foto. Mira la foto: está dedicada. Se levanta y se la enseña a France.

LUCIEN: ¿Quién es?

FRANCE (*echando una ojeada a la foto*): Sacha Guitry.

France sigue leyendo. Lucien vuelve a sentarse en su sitio. Saca del bolso más fajos de billetes de banco. Se entretiene en colocar los billetes en el suelo, uno al lado de otro. France se pone de pie.

FRANCE: Buenas noches.

LA ANCIANA (*sin alzar la vista de las cartas*): Gute Nacht.

France sale de la habitación.

Lucien se queda un rato junto al fuego. Luego se levanta y sube también él las escaleras. La anciana lo sigue con la vista. France, sonriente, lo está esperando en lo alto de las escaleras. Desaparece de pronto en el desván.

Comienza en la oscuridad una curiosa persecución, algo así como un juego del escondite en el que los dos se arrastran y caminan a tientas. Les da un ataque de risa. Abajo, la anciana los oye y alza la cabeza.

51

Antes de amanecer, Lucien merodea por una casa de labor. Se acerca al edificio y entra en él. Lleva en la mano el saco viejo.

La habitación está en penumbra. En la pared hay unos jamones colgados. Lucien llena el saco a toda prisa. Sale corriendo de la casa de labor. Ladra un perro.

52

Lucien está dormido. France, con una piedra grande en la mano, se acerca de puntillas. Se queda quieta ante él. Da la impresión de que le va a soltar la piedra encima de la cara, pero no lo hace y deja la mano en el aire.

53

France lee, tendida en la hierba. Sentada a la mesa, su abuela hace un solitario. A su lado, algo apartado, Lucien limpia la metralleta, cuyas piezas va dejando por turno encima de la mesa.

54

France y Lucien corren por el campo. Están jadeantes y se ríen.

France se lava, desnuda, en un río. Hace un sol radiante. Lucien, tendido de espaldas algo más allá, la mira mientras mastica una brizna de hierba. Luego, cierra los ojos. France lo mira fijamente a su vez, estirando el cuello.

Aparece un letrero sobreimpreso en la cara de Lucien. «Detuvieron a Lucien Lacombe el 12 de octubre de 1944. Lo juzgó un tribunal militar de la Resistencia; lo condenaron a muerte y lo ejecutaron.»

Título de la edición original:
Lacombe Lucien

Edición en formato digital: junio de 2018

© de la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2018

© Éditions Gallimard, 1974

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3958-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

LOUIS MALLE
PATRICK MODIANO

Lacombe Lucien



ANAGRAMA
Panorama de narrativas